SOLUCIÓN INSATISFACTORIA

(SOLUTION UNSATISFACTORY)

ROBERT A. HEINLEIN

En 1903 los hermanos Wright volaron a Kitty Hawk.

En diciembre de 1938, en Berlín, el doctor Hahn fisionó el átomo de uranio.

En abril de 1943 la doctora Estelle Karst, trabajando para la Autoridad Federal de Emergencia para la Defensa, perfeccionó la técnica Karst–Obre para producir artificialmente sustancias radiactivas.

Por lo tanto, la política extranjera norteamericana debía cambiar.

Debía hacerlo. Debía hacerlo. Es muy difícil lograr que un trompetazo vuelva a introducirse en la trompeta una vez ha sido soplado. La caja de Pandora funciona en un solo sentido. Se puede convertir un cerdo en una salchicha pero no una salchicha en un cerdo. Los huevos rotos así se quedan. «Ni todos los caballos ni todos los hombres del rey pueden hacer que Humpty vuelva a estar entero.»

Yo debería saberlo: era uno de los hombres del rey.

No tendría que haberlo sido, desde luego. Cuando estalló la segunda guerra mundial yo no era militar de carrera y cuando el congreso votó la ley de reclutamiento saqué un número muy elevado, lo bastante alto como para mantenerme fuera del ejército el tiempo necesario para morirme de viejo.

¡No es que en esa generación hubiera muchos que llegaran a morir de eso!

Pero me acababan de nombrar secretario de un congresista recién elegido: había sido el encargado de su campaña y me había visto obligado a abandonar bruscamente mi anterior trabajo. Mi profesión era enseñar economía y sociología. pero a las juntas académicas no les gusta que los profesores dedicados a enseñar temas sociales traten de forma efectiva problemas sociales, y mi contrato no fue renovado. Cuando se me ofreció la ocasión de ir a Washington salté sobre ella.

Mi congresista se llamaba Manning. Sí, era ese Manning; el coronel Clyde C. Manning. Lo que quizá no sepan de él es que era uno de los primeros expertos del ejército en guerra química antes de que sus problemas coronarios le obligaran a quedar arrinconado en un estante. Yo le había sacado de ahí, con la ayuda de un grupo de mis socios políticos, para que compitiera con el miserable que se presentaba en nuestro distrito. Necesitábamos un candidato fuertemente liberal y Manning estaba hecho a medida para ese trabajo. Desempeñó un puesto en el gran jurado, lo cual sirvió para afilar su dentadura política, y después de que terminara su período en él, había seguido teniendo cierta actividad en los asuntos públicos.

Que fuera un oficial retirado representaba una ventaja política a la hora de conseguir el voto de los ciudadanos más conservadores y acomodados, y su historial no presentaba problemas para los que estaban

al otro lado de la valla. No me preocupaba demasiado conseguir votos cuando le busqué: apreciaba en él que, pese a ser un liberal, era un hombre de mente clara, lo que no suele ocurrir con la mayoría de los liberales. La mayoría de los liberales cree que el agua corre colina abajo pero que, alabado sea Dios, jamás llega al fondo de la pendiente.

Manning no era así. Podía ver una necesidad lógica cuando la había y podía actuar según ella, sin importar lo desagradable que eso pudiera resultar.

Nos encontrábamos en la suite que Manning tenía en el edificio de las oficinas del congreso, tomándonos un pequeño respiro de la primera y tormentosa sesión del congreso número setenta y ocho e intentando ponernos al día con una montaña de correspondencia, cuando llamaron del Departamento de Guerra. Manning respondió personalmente a la llamada.

No tenía más remedio que oír la conversación pero, después de todo, yo era su secretario.

–Si –dijo–. al habla. Muy bien, póngame con él. ¡Oh... hola, general...! Estupendamente, gracias. ¿Usted mismo? –Después hubo un largo silencio y, finalmente, Manning dijo–: Pero no puedo hacer eso, general. debo encargarme de este trabajo... ¿Qué? Sí, ¿quién hará el trabajo de mi comité y representará a mi distrito?... Eso pensaba. –Miró su reloj de pulsera–. Iré ahora mismo.

Colgó el auricular, se volvió hacia mí y dijo:

–Coja el sombrero, John. Vamos al Departamento de Guerra.

–¿De veras? –dije yo. haciendo lo que me pedía.

–Sí –respondió él con expresión preocupada–, el jefe cree que debo volver al trabajo. –Se puso en marcha caminando rápidamente, mientras yo me hacia el remolón intentando que no forzara demasiado su poco fiable corazón–. Es imposible, claro está. –Cogimos un taxi en la parada que había ante el edificio y nos dirigimos hacia el departamento.

Pero sí era posible y Manning estuvo de acuerdo en ello, después de que el jefe del departamento le hubiera expuesto el caso. Manning tuvo que ser convencido. pues no hay modo de que nadie en toda la Tierra, ni tan siquiera el presidente en persona, le pueda ordenar a un congresista que abandone su puesto, aunque dé la casualidad de que ese congresista sea también un miembro de la carrera militar.

El jefe del departamento había previsto las dificultades políticas y había sido lo bastante previsor como para haber encontrado ya a un congresista de la oposición cuyo voto podía emparejarse con el de Manning mientras durase la emergencia. Este otro congresista, el honorable Joseph T. Brigham, era un oficial de la reserva que deseaba volver al servicio activo... o que estaba dispuesto a ello si resultaba necesario, jamás llegué a descubrirlo con claridad. Dado que pertenecía al partido político contrario, se podía dar por seguro su voto en la Cámara de Representantes, eso quería decir que se opondría continuamente al voto de Manning y que ninguno de los dos partidos perdería con el acuerdo.

Se habló de que yo quedaría en Washington para manejar los detalles políticos de la oficina de Manning, pero él no estaba de acuerdo con ello, juzgando que su otro secretario podía encargarse de eso y anunció que yo debía ir con él en calidad de ayudante. El jefe del departamento intentó ganar tiempo,

pero Manning se hallaba en posición de insistir y, pese a que no le gustaba, el jefe tuvo que acabar cediendo.

Un hombre en su posición puede conseguir que las cosas se hagan muy rápido si lo desea. Se me tomó juramento como oficial temporal antes de que abandonáramos el edificio, y antes de que hubiera terminado el día me hallaba en el banco firmando un cheque con el que pagaba los feos uniformes que había adoptado el ejército y adquiría además uno de gala con un precioso y reluciente cinturón..., uniforme de gala que, tal y como fueron las cosas, no iba a necesitar nunca.

Al día siguiente fuimos en coche hasta Maryland y Manning se encargó del laboratorio federal de investigación nuclear, conocido oficialmente por el discreto título de Proyecto Especial Defensivo del Departamento de Guerra número 347. Yo no sabía gran cosa de física y nada en absoluto sobre la moderna física nuclear, aparte de lo que se puede leer en los suplementos dominicales. Luego fui adquiriendo ciertas nociones, supongo que en su mayor parte erróneas, comparándose con los pesos pesados que formaban el personal del laboratorio.

El coronel Manning había asistido a un curso en el Instituto Tecnológico de Massachusetts por cuenta del ejército y había recibido el título de graduado en ciencias por una brillante tesis sobre las teorías matemáticas de la estructura atómica. Esa era la razón de que el ejército le deseara para este trabajo. Pero eso había ocurrido hacía ya algunos años y mientras tanto la teoría atómica había dado unos cuantos saltos mortales: me confesó que había debido esforzarse condenadamente para ponerse al día y alcanzar un punto en el cual le fuera posible empezar a comprender lo que comentaban los genios en los informes que le habían confiado.

Creo que exageró el grado de su ignorancia: ciertamente, no había nadie más en los Estados Unidos que hubiera podido hacer el trabajo. Requería a un hombre que pudiera dirigir la investigación en un campo altamente esotérico, haciendo sugerencias sobre su rumbo pero que viera el problema desde el punto de vista de la urgente necesidad militar. Si los hubiera dejado sueltos, los físicos se habrían entregado al lujo intelectual de poseer una cuenta de gastos para investigación ilimitada pero, mientras que indudablemente habrían realizado grandes avances en el conocimiento humano, quizá nunca hubieran llegado a desarrollar nada que tuviera utilidad militar, o quizá hubieran pasado por alto durante años las posibilidades militares de un descubrimiento.

Puede resumirse de esta forma: hace falta un perro inteligente para cazar pájaros, pero es necesario que tenga detrás a un cazador para impedirle perder el tiempo corriendo en pos de los conejos. Y el cazador debe saber casi tanto como el perro.

Con ello no pretendo hacer ninguna afirmación insultante para los científicos, ¡desde luego que no! En los Estados Unidos teníamos a todos los genios que se habían podido producir en este campo, hombres de Chicago, Columbia, Cornell, el Instituto Tecnológico de Massachusetts, la universidad de California y Berkeley, así como de todos los laboratorios dedicados a estudiar la radiación existentes en el país, junto con un par de chicos de primera categoría que nos habían prestado los ingleses. Y ellos poseían todos los recursos que el ingenio humano puede concebir y todos los medios para aplicarlos. El ciclotrón de

quinientas toneladas, que había sido concebido originariamente para la universidad de California, se encontraba aquí y ya se había quedado anticuado ante los nuevos artefactos concebidos y pedidos por esos cerebros, artefactos que se les había entregado. Canadá nos proporcionaba todo el uranio que le pedíamos, toneladas enteras de esa traicionera sustancia, procedente del lago Gran Oso, cerca del Yukón, y la técnica de separar los residuos fraccionales del isótopo 235 del uranio a partir del isótopo 238, más común, ya había sido desarrollada por el mismo equipo de Chicago que antes había llevado a cabo el caro proceso de investigación del espectrógrafo de masas.

Alguien situado en el gobierno de los Estados Unidos se había dado cuenta en seguida de las tremendas potencialidades que poseía el uranio 235, y, ya en el verano de 1940, había reunido a cada investigador atómico del país y le había hecho jurar que guardaría silencio. Si alguna llegaba a conseguirse el poder atómico seria en tanto que monopolio del gobierno, al menos hasta que terminara la guerra. Podía acabar resultando ser el explosivo más increíblemente poderoso que jamás se hubiera soñado, y podía ser la fuente de un poder igualmente increíble. En cualquier caso, con Hitler hablando de armas secretas y gritando sus peores insultos hacia las democracias, el gobierno había planeado tener cerca de su seno cualquier nuevo descubrimiento que pudiera efectuarse.

Hitler había perdido la ventaja de ser el primero en desentrañar el secreto del uranio por no haber tomado precauciones. El doctor Hahn, el primer hombre que logró romper el átomo de uranio, era alemán. Pero una de las ayudantes de su laboratorio había huido de Alemania escapando de la persecución a los judíos. Acabó viniendo a este país y nos habló de ello.

En el laboratorio de Maryland estábamos buscando una forma de utilizar el uranio 235 en una explosión controlada. Nuestro sueño era una bomba de una tonelada que, por si sola, equivaldría a toda la incursión de una flota aérea, un solo estallido que sería capaz de borrar del mapa a todo un complejo industrial. El doctor Ridpath, de la Tecnológica Continental, afirmaba ser capaz de construir tal bomba, pero no se encontraba en condiciones de garantizar que no estallara apenas se la hubiera fabricado, y en cuanto a la fuerza de su detonación... bueno, le costaba creer en sus propios cálculos: le salían demasiadas cifras.

El problema, aunque parezca extraño, era hallar un explosivo que fuera lo bastante débil como para destruir un solo distrito a la vez y lo bastante estable como para estallar sólo cuando quisiéramos. Si podíamos diseñar al mismo tiempo un cohete realmente práctico, uno que fuera capaz de impulsar un proyectil a mil quinientos kilómetros por hora o más, entonces nos encontraríamos en una posición que nos permitiría obligar a casi todo el mundo a dirigirse al Tío Sam como «tío».

Le dimos vueltas al problema durante el resto del año 1943 y hasta bien avanzado el año 1944. La guerra en Europa y los problemas del frente asiático parecían eternizarse. Después de que Italia se rindiera. Inglaterra pudo dejar libres los suficientes barcos de su flota mediterránea como para aliviar el bloqueo al que estaban sometidas las islas británicas. Con la ayuda de los aviones que ahora podíamos enviarles regularmente y con los viejos destructores que les dejábamos utilizar, Inglaterra siguió manteniéndose, escondiendo bajo el suelo una parte cada vez mayor de su industria defensiva básica.

Rusia ba vacilando de uno a otro bando, aparentemente basándose en la política de impedir que ninguno de ellos consiguiera la suficiente ventaja como para hacer que la guerra acabara a su favor. La gente estaba empezando a hablar de la «guerra permanente».

Estaba matando el tiempo en la oficina de administración, intentando mejorar mi forma de escribir a máquina –gran parte de los informes de Manning debía escribirlos yo personalmente–, cuando entró el ordenanza de servicio y anunció a la doctora Karst. Apreté un botón del interfono.

–La doctora Karst está aquí, jefe. ¿Puede usted verla?

–Sí –respondió él desde su despacho.

Le dije al ordenanza que la hiciera pasar.

Estelle Karst era una mujer francamente notable y supongo que fue la primera en desempeñar un puesto de mando en el cuerpo de ingenieros. Aparte de su doctorado en ciencias, poseía otro en medicina y me recordaba a la maestra que tuve en cuarto curso. Supongo que ésa era la razón de que siempre me levantara instintivamente cuando ella entraba en una habitación: me daba miedo de que se le ocurriera mirarme y fruncir el ceño, husmeando alguna travesura. No podía deberse a su rango: no nos preocupábamos gran cosa del rango ahí.

Vestía un mono blanco y un mandil, y para venir a través de la nieve se había limitado a ponerse encima una capa.

–Buenos días, señora –dije. conduciéndola hasta el despacho de Manning.

El coronel la saludó con la cortesía que le había hecho tener tanto éxito en los clubes femeninos. la hizo sentarse y le ofreció un cigarrillo.

–Me alegra verla, mayor –dijo–. Tenía la intención de pasar pronto por su departamento.

Sabía muy bien donde pretendía ir a parar: el trabajo de la doctora Karst había sido básicamente fisiomédico hasta ahora y él pretendía hacerle variar el rumbo de sus investigaciones hacia algo más productivo en el sentido militar.

–No me llame «mayor» –dijo ella con aspereza.

–Lo siento, doctora...

–He venido por un asunto de trabajo y debo volver inmediatamente. Y supongo que usted también será un hombre muy ocupado. Coronel Manning, necesito un poco de ayuda.

–Para eso estamos aquí.

–Bien. Me he tropezado con ciertos problemas en mi investigación. Creo que uno de los hombres que hay en el departamento del doctor Ridpath podría ayudarme, pero el doctor Ridpath no parece dispuesto a cooperar.

–¿Sí? Bueno, no me gustaría mucho pasar por encima del jefe del departamento, pero hábleme de ello; quizá podamos arreglarlo. ¿A quién necesita?

–Necesito al doctor Obre.

–El espectroscopista. Hmmm... Puedo comprender la resistencia del doctor Ridpath, doctora Karst, y creo que debo estar de acuerdo con él. Después de todo, la investigación de altos explosivos es nuestro principal proyecto en este lugar.

La doctora pareció molestarse y por un instante pensé que, como mínimo, le haría quedarse castigado después de la clase.

–Coronel Manning, ¿se da usted cuenta de lo importantes que son las sustancias radiactivas artificiales en la medicina moderna?

–Bueno, creo que si. Pese a todo, doctora, nuestra misión principal es perfeccionar un arma que sirva para proteger la seguridad del país entero en tiempo de guerra...

Dio un bufido y pasó a la acción.

–Armas... ¡paparruchas! ¿No hay acaso un cuerpo médico en el ejército? ¿No es más importante saber cómo curar hombres que no hacerles volar en pedacitos? Coronel Manning, ¡no es usted el hombre adecuado para estar al frente de este proyecto! ¡Es usted un... un... un belicista, eso es usted!

Noté que se me enrojecían las orejas, pero al coronel Manning no pareció afectarle. Podría haberse enfurecido con ella, podría haberla arrestado en sus aposentos y quizá incluso someterla a juicio marcial, pero Manning no es de ésos. Una vez me dijo que cada vez que ocurre algo así es señal segura de que un oficial de alto rango no da la talla para su puesto.

–Lamento que piense de tal forma, doctora –le dijo con voz apaciguadora–, y estoy de acuerdo en que mis conocimientos técnicos no son tan amplios como podrían serlo. Y, créame, deseo que la curación de los hombres fuera el único asunto del cual debiéramos preocuparnos. De todos modos, aún no he rechazado su petición. Vayamos a su laboratorio y veamos cuál es el problema. probablemente se podrá hacer algún arreglo que satisfaga a todo el mundo.

Ya se había puesto en pie y se disponía a coger su abrigo. La tensa boca de la doctora se relajó levemente.

–Muy bien –dijo–. Lamento haberle hablado de esa forma.

–No se preocupe –le respondió él–. Vivimos tiempos preocupantes y todos estamos tensos. Acompáñenos, John.

Fui tras ellos, deteniéndome unos segundos en mi oficina para coger mi abrigo y meter mi cuaderno de notas en uno de los bolsillos.

Cuando conseguimos abrirnos paso a través de los trescientos metros de nieve fangosa que nos separaban de su laboratorio, ¡estaban hablando de jardinería!

Manning respondió a la interpelación del centinela con un leve gesto de su mano y entramos en el edificio. Manning iba a dirigirse hacia el laboratorio pero la doctora Karst lo detuvo.

–Antes póngase la armadura, coronel.

Tuvimos cierta dificultad para encontrar un calzado protector que pudiera contener las botas de Manning, botas que él insistía en llevar pese a las nuevas reglas de uniforme, y él quiso pasar por alto la protección de los pies, pero la doctora Karst se negó tajantemente a ello.

Llamó a un par de sus ayudantes y éstos se encargaron de improvisar una especie de mocasines usando unas láminas de goma que tenían plomo incorporado.

Los cascos eran distintos a los usados en el laboratorio de explosivos y tenían filtros para respirar.

–¿Qué son? –inquirió Manning.

–Protegen contra el polvo radiactivo –dijo ella–. Es absolutamente esencial.

Fuimos por un pasillo recubierto de plomo y llegamos a una puerta detrás de la cual tenían lugar los trabajos, puerta que abrió mediante una combinación. Tuve que parpadear ante la repentina fuerza de la iluminación y me di cuenta de que el aire estaba lleno de motitas relucientes.

–Hay polvo, desde luego –admitió Manning–. ¿No hay ninguna forma de controlar eso?

Su voz quedaba bastante ahogada por la máscara antipolvo.

–La última etapa debe hacerse con exposición al aire –explicó la doctora Karst–. La capucha se encarga de casi todo. Podríamos controlarlo pero eso significaría una instalación nueva y muy cara.

–No sería ningún problema. Ya sabe que no debemos ajustarnos a ningún presupuesto. Debe ser toda una molestia trabajar dentro de semejante máscara.

–Lo es –reconoció la doctora–. El equipo necesario para eso nos permitiría también trabajar sin armadura. Sería todo un alivio.

De repente vi claramente el tipo de molestias a las cuales debían enfrentarse esos investigadores. Soy un hombre corpulento y, con todo, la armadura me resultaba bastante pesada. La doctora Karst era una mujer más bien frágil y, pese a ello, estaba dispuesta a trabajar puede que catorce horas, día tras día, vistiendo algo que resultaba aproximadamente tan cómodo como un traje de buzo. Pero no se había quejado por ello.

No todos los héroes se encuentran en los titulares. Esos expertos en radiaciones no sólo corrían el peligro de contraer cáncer y sufrir feas quemaduras radiactivas, sino que los hombres, además, corrían el peligro de ver dañado su plasma germinal y ver luego cómo sus mujeres les obsequiaban con algún descendiente horrible..., por ejemplo, uno que no tuviera mandíbula y sí tuviera las orejas largas y cubiertas de vello. Sin embargo, seguían adelante y nunca parecían enfadarse a no ser que algo retrasara su trabajo.

La doctora Karst había dejado atrás la edad de pensar en tener descendencia, pero el principio seguía siendo válido para ella.

Di una vuelta por el lugar, contemplando los extraños aparatos que usaba para obtener sus resultados, fascinado como siempre por mi completo fracaso a la hora de reconocer algo que me recordara levemente el laboratorio de física que había frecuentado cuando estudiaba, y teniendo mucho cuidado de no tocar nada. La doctora Karst empezó a explicarle a Manning lo que estaba haciendo y el porqué, pero yo sabia que era inútil para mí intentar seguir toda esa jerga técnica. Si Manning quería notas ya se encargaría de dictármelas. Me llamó la atención un gran artefacto en forma de caja que se encontraba en un rincón de la estancia. A un lado tenía algo parecido a una tolva y el sonido que emitía era semejante al zumbido de un ventilador mezclado, como telón de fondo, con el sonido del agua fluyendo. Aquello me intrigó.

Volví con el coronel y la doctora Karst y oí lo que estaba diciéndole:

–Coronel, el problema se reduce a esto: estoy consiguiendo una cantidad de producto radiactivo final muy superior a la que deseo pero hay una considerable variación en la semivida de muestras que, por lo demás, son equivalentes. Eso me sugiere que estoy utilizando una mezcla de isótopos pero no he sido capaz de probarlo. Y, francamente, no sé lo suficiente sobre esa parte de nuestro campo de investigación como para estar seguro de que utilizo métodos lo bastante refinados. Necesito la ayuda del doctor Obre para ello.

Creo que ésas fueron sus palabras, pero quizá no le esté haciendo justicia, dado que no soy físico. Comprendí la parte sobre la «semivida». Todos los materiales radiactivos siguen emitiendo radioactividad en tanto que se convierten en otra sustancia, proceso que teóricamente es eterno. En la práctica, sus períodos o «vidas» se describen en términos de cuánto tiempo necesita la radiación original para hacerse la mitad de fuerte. Ese tiempo es llamado una «semivida» y cada isótopo radiactivo de un elemento posee su propia y característica semivida.

Un miembro del personal –he olvidado quién era–, me dijo una vez que cualquier forma de materia puede ser considerada radiactiva en cierto grado, todo es cuestión de intensidad y período, o semivida.

–Hablaré con el doctor Ridpath –le respondió Manning–, y veré qué puede hacerse. Mientras tanto, podría ir haciendo los planos para el nuevo equipo que desea en el laboratorio.

–Gracias, coronel.

Me di cuenta de que Manning, después de haberla tranquilizado, se disponía a marcharse, y yo seguía sintiendo curiosidad por la gran caja que emitía esos ruidos tan raros.

–¿Puedo preguntarle qué es eso, doctora?

–Oh, ¿eso? Es un aparato de aire acondicionado.

–Tiene un aspecto muy raro. Nunca había visto uno parecido.

–No es para la atmósfera de esta habitación. Sirve para eliminar el polvo radiactivo antes de que el aire salga fuera. Lavamos el polvo del aire contaminado.

–¿Adónde va el agua?

–Por el desagüe. Supongo que acabará en la bahía.

Intenté chasquear los dedos, lo cual era imposible a causa de los guantes de plomo.

–¡Eso lo explica, coronel!

–¿Explica el qué?

–Explica esas notas acusatorias que hemos estado recibiendo de la Oficina de Pesca. Ese polvo venenoso está siendo llevado a la bahía de Chesapeake y mata a los peces.

Manning se volvió hacia la doctora Karst.

–¿Cree posible eso, doctora?

Pude ver cómo sus cejas se unían tras la mirilla de su casco.

–No había pensado en ello –admitió–. Tendré que hacer algunos cálculos sobre las concentraciones posibles antes de poderle dar una respuesta firme. Pero es posible..., sí. Con todo –añadió con voz

nerviosa–, resultaría bastante sencillo desviar ese desagüe para que acabara en alguna especie de recipiente.

–Hmmm..., sí. –Manning se quedó callado durante unos minutos, inmóvil, mirando la caja–. ¿Ese polvo es muy venenoso? –acabó diciendo.

–Mucho, coronel.

Hubo otro largo silencio.

Cuando habló de nuevo lo hizo en tono decidido y eso me hizo pensar que había llegado a cierta conclusión.

–Me ocuparé de que reciba usted ayuda de Obre. doctora...

–¡Oh. excelente!

Pero a cambio quiero su ayuda. Me interesa mucho su investigación, pero quiero que la lleve a cabo con un enfoque más amplio. Quiero que investigue los máximos, tanto en período como en intensidad, al igual que los mínimos. Quiero que abandone el enfoque estrictamente utilitario y que haga una investigación exhaustiva siguiendo unas líneas que después nos encargaremos de precisar juntos.

La doctora se dispuso a decir algo, pero él se le adelantó.

–Un programa de investigación realmente concienzudo acabará demostrando ser más útil a largo plazo que uno más restringido. Y me encargaré de conseguir todos los recursos posibles para dicha investigación. Creo que podemos acabar descubriendo muchas cosas interesantes.

Y se fue sin darle tiempo para discutir. Durante el trayecto de vuelta no parecía tener ganas de hablar y yo me mantuve callado. Creo que ya había tenido un fugaz atisbo de la osada y drástica estrategia a la que todo esto llevaría, pero ni tan siquiera Manning podía haber concebido tan pronto las ineludibles consecuencias de esos pocos peces muertos: de lo contrario, jamás habría ordenado que se llevara a cabo esa investigación.

No, en realidad no creo eso. Habría ordenado seguir adelante, sabiendo que si no lo hacía él, algún otro lo haría. Habría aceptado la responsabilidad, siendo durante todo el tiempo amargamente consciente de su peso.

El año 1944 fue transcurriendo sin grandes emociones aparentes. La doctora Karst consiguió el nuevo equipo de su laboratorio y tanta cantidad de ayuda adicional. que su departamento pronto se convirtió en el más grande del complejo. La investigación de explosivos fue suspendida tras una conferencia entre Manning y Ridpath, de la cual sólo escuché el final, pero cuya sustancia era que no existía ni tan siquiera una remota posibilidad en esos momentos de utilizar el U235 como explosivo. Pero sí como fuente de energía en algún punto del lejano futuro cuando hubiera sido posible tratar con el extremadamente delicado problema de controlar la reacción nuclear. Incluso entonces parecía bastante probable que no sería una fuente de energía usada para mover directamente objetos tales como motores de cohete o vehículos, sino que se la utilizaría en plantas energéticas tan grandes, por lo menos, como la instalación de la presa Boulder.

Después de eso Ridpath se convirtió en una especie de director asociado para el departamento de la doctora Karst, y el equipo antes utilizado por el departamento de explosivos fue adaptado o sustituido por otro para continuar las investigaciones sobre las mortales sustancias radiactivas artificiales. Manning preparó una división del trabajo y la doctora Karst se concentró en su problema original: desarrollar técnicas para fabricar sustancias radiactivas según las necesidades del momento. Creo que era totalmente feliz ocupándose del problema que tenía delante, con una tozudez para la que no había desviaciones posibles. Ni siquiera hoy sé si Manning o Ridpath consideraron necesario discutir alguna vez con ella lo que pretendían llevar a cabo.

A decir verdad, yo también tenía demasiado trabajo para pensar en ello. Las elecciones se aproximaban y yo estaba decidido a que Manning tuviera un puesto que ocupar cuando la emergencia hubiera terminado. Él no estaba demasiado interesado en ello, pero dejó que su nombre fuera presentado como candidato para la reelección. Yo estaba intentando poner en pie una campaña a control remoto y no paraba de maldecir porque no podía encontrarme en el lugar oportuno para tratar con las mil y una emergencias que iban surgiendo.

Hice cuanto pude y conseguí que me instalaran una línea privada para que el encargado de la campaña pudiera entrar en contacto conmigo sin problemas. No creo haber violado con ello el Acta Hatch, pero supongo que abusé un poco de ella. De todos modos, la cosa acabó bien: Manning fue elegido ese año, al igual que lo fueron algunos otros miembros de la ciudadanía militar. Se hizo un intento para desacreditarle afirmando que recibía dos salarios por un solo trabajo, pero logramos darle la vuelta a eso con un panfleto titulado: «¡Avergüéncese!», el cual explicaba que recibía un salario por dos trabajos. Ésa es la ley federal en tales casos y la gente tiene derecho a saberlo.

Justo antes de Navidad, Manning me confesó por primera vez lo mucho que ocupaban su mente las implicaciones del proceso Karst–Obre. Me llamó a su oficina por un asunto sin importancia y me retuvo allí durante un rato. Me di cuenta de que deseaba hablar conmigo.

–¿Qué cantidad de polvo K–O tenemos ahora a mano? –me preguntó de repente.

–Unas diez mil unidades –contesté yo–. Puedo comprobar las cifras exactas en un momento.

Si se lo dispersaba en la concentración normal, bastaba con una sola unidad para eliminar a mil hombres. El conocía las cifras tan bien corno yo, y me di cuenta de que no hacía sino darle vueltas al tema principal que había motivado su llamada.

Habíamos pasado de forma casi imperceptible de la investigación a la fabricación, dependiendo enteramente de la iniciativa y autoridad de Manning. Manning jamás había hecho un informe específico sobre ello al departamento, a no ser que hubiera sido en forma oral al jefe de éste.

–No importa –dijo, respondiendo a mi sugerencia, y añadió–. ¿Vio a esos caballos?

–Sí–me limité a decir.

No quería hablar de ello. Me gustan los caballos. Habíamos requisado seis viejos jamelgos que estaban a punto de morirse y los habíamos usado en los experimentos. Ahora sabíamos de qué era capaz

el polvo. Después de que murieran, cualquier parte de sus restos era capaz de impresionar una placa fotográfica y una muestra de tejido de los pulmones o los bronquios brillaba con luz propia.

Manning se quedó inmóvil ante la ventana, contemplando el lúgubre paisaje invernal de Maryland durante uno o dos minutos antes de hablar.

–John, ojalá nunca se hubiera llegado a descubrir la radiactividad. ¿Se da cuenta de lo que supone esa materia diabólica?

–Bueno –dije yo–, es un arma, igual que el gas venenoso..., puede que más eficiente.

–¡Demonios! –dijo y, por un instante, pensé que estaba personalmente enfadado conmigo–. Eso es igual que comparar un cañón del cuarenta con un arco y una flecha. Tenemos aquí la primera arma conocida por el mundo contra la cual no hay defensa de ningún tipo. Su sola presencia significa la muerte. ¿Ha visto el informe de Ridpath?

No lo había visto. Ridpath había empezado a entregar sus informes personalmente a Manning.

–Bueno –dijo–, desde que hemos empezado la producción he puesto a trabajar a todos los talentos de que podíamos prescindir en una defensa contra el polvo. Ridpath me ha dicho, y estoy de acuerdo con él, que no hay forma alguna de combatir esa sustancia una vez que ha sido utilizada.

–¿Qué hay de las armaduras y los ropajes protectores? –le pregunté.

–Claro, claro – accedió con voz irritada–, siempre que no se lo quite para comer, beber o para lo que quiera hasta que la radiación haya cesado y se encuentre usted fuera de la zona de peligro. Eso está muy bien para el trabajo de laboratorio; yo estoy hablando de la guerra.

Pensé un poco en ello.

–Sigo sin ver qué le inquieta, coronel. Si esa sustancia es tan buena como usted afirma, ha hecho exactamente lo que pretendía hacer...: crear un arma que pueda proteger a los Estados Unidos de toda agresión.

Se volvió bruscamente hacia mí.

–¡John, algunas veces creo que es usted un perfecto imbécil!

No le respondí. Le conocía y sabía pasar por alto sus malhumores repentinos. El que me permitiera asistir a sus exhibiciones emocionales es el mejor cumplido que me ha hecho jamás.

–Mírelo de esta forma –siguió diciendo con voz más tranquila–, este polvo, considerado como arma, no sólo es una protección suficiente para los Estados Unidos... ¡es como tener una pistola cargada apuntando a la cabeza de todo hombre, mujer y niño del globo terráqueo!

–Bien –le respondí–, ¿y qué? Es nuestro secreto y lo controlamos por completo. Los Estados Unidos pueden ponerle fin a esta guerra y a cualquier otra. Podemos declarar una *Pax Americana* y tenemos los medios para hacer que se respete.

–Ojalá fuera tan sencillo. Pero no seguirá siendo siempre nuestro secreto; puede contar con ello. No importa lo bien que sepamos guardarlo: todo lo que necesitan los demás es la pista que les dará la sola existencia del polvo, y luego sólo será cuestión de tiempo hasta que alguna otra nación desarrolle una técnica para producirlo. No se les puede impedir a los cerebros que funcionen, John: que el método pueda

volver a ser inventado es una certeza matemática, en cuanto sepan lo que están buscando. Y el uranio es una sustancia bastante común, ampliamente repartida por todo el globo... ¡no olvide eso!

»Así están las cosas. Una vez que se conozca el secreto... y se conocerá si alguna vez usamos la sustancia, entonces el mundo entero podrá compararse a una habitación llena de hombres armados con una automática del 45 cargada. No pueden salir de la habitación y cada uno depende. para seguir vivo, de la buena voluntad de todos los demás. Todos los medios ofensivos posibles y ninguna defensa. ¿Ve lo que quiero decir?

Pensé en ello, pero seguía sin entender las dificultades del asunto. Me parecía que una paz forzosa e impuesta por nosotros era la única salida, con las debidas precauciones para asegurarse de que controlábamos las fuentes de uranio. Tenía una convicción subconsciente totalmente norteamericana, de que nuestro país jamás utilizaría ese poder para la agresión pura y simple. Luego pensé en la guerra con México, la guerra España–Estados Unidos y algunas de las cosas que hicimos en Centroamérica, y no me sentí tan seguro...

Un par de semanas después, cuando había pasado poco tiempo desde el día de la inauguración, Manning me dijo que llamara por teléfono a la oficina del jefe. Sólo pude oír el final de la conversación.

–No, general, no –estaba diciendo Manning–. No lo discutiré con usted y tampoco con el secretario. Este asunto tendrá que acabarlo decidiendo el comandante en jefe. Si decide rechazarlo, es imperativo que nadie sepa de él. Esa es mi opinión y tengo motivos para ello... ¿Cómo?... Acepté este trabajo con la condición de que iba a tener las manos libres. Tiene que darme un poco de autoridad en esto... No utilice el rango conmigo. Le conocí cuando no era usted más que un plebe... Bien, bien, lo siento... Si el secretario de la Guerra no quiere atender a razones, dígale que mañana estaré en mi escaño de la Cámara de Representantes y que entonces obtendré ese favor que le pido del líder de la mayoría... De acuerdo. Adiós.

Volvieron a llamar de Washington una hora más tarde. Era el secretario de la Guerra. Esta vez Manning pasó más tiempo escuchando que hablando. Hacia el final, dijo:

–Todo lo que quiero es treinta minutos a solas con el presidente. Si no puedo sacar nada de eso, no habré causado daño alguno. Si le convenzo, entonces ya lo sabrá todo sobre... No, señor, no estoy intentando insinuar que usted vaya a rehuir sus responsabilidades. Lo único que pretendo es ayudarle... ¡Estupendo! Gracias, señor secretario.

La Casa Blanca llamó más tarde acordando hora para una audiencia.

Al día siguiente fuimos hasta Washington bajo una lluvia fría y desagradable que amenazaba convertirse en granizo. El clima hacía todavía peor el habitual embotellamiento del distrito y a punto estuvo de hacernos llegar tarde. Durante todo el trayecto por la avenida Rhode Island pude oír cómo Manning maldecía en voz baja, pero al final nos dejaron en la entrada oeste de la Casa Blanca dos minutos antes de la hora. Manning fue llevado casi inmediatamente al Despacho Oval y yo me quedé solo, sintiendo cómo se me enfriaban los pies e intentando encontrarme cómodo en mis ropas de civil. Después de haber pasado tantos meses de uniforme todas las costuras me apretaban donde no debían.

Los treinta minutos fueron pasando.

El secretario del presidente entró en el despacho y salió de él en un tiempo notablemente breve. Luego fue a la antecámara y le oí decir algo que empezaba con «Lo siento, senador, pero...». Luego volvió a entrar en el cuarto donde yo esperaba, gar abateó algo con un lápiz y se lo pasó a un ujier.

Pasaron dos horas más.

Manning apareció por fin en la puerta y el secretario puso cara de alivio. Pero Manning, en vez de salir, me dijo:

–Entre, John. El presidente quiere verle un momento. Me levanté tan aprisa que estuve a punto de caerme.

–Señor presidente, éste es el capitán DeFries –dijo Manning.

El presidente asintió, yo hice una leve inclinación de cabeza y no fui capaz de abrir la boca. Estaba inmóvil ante la chimenea, sobre la alfombra, su hermosa cabeza vuelta hacia nosotros, exactamente igual que en los retratos..., pero me resultaba extraño que el presidente de los Estados Unidos no fuera muy alto.

No le había visto nunca anteriormente aunque, claro está, sabía algo de su historia durante los dos años que había pasado en el Senado y, antes de eso, cuando había sido mayor del ejército.

–Siéntese, DeFries –dijo el presidente. Luego, volviéndose hacia Manning, añadió–: ¿Cree que puede hacerlo?

–Creo que tendría que poder. No tenemos otra opción.

–¿Y está seguro de él?

–Fue director de mi campaña.

–Ya veo.

El presidente guardó silencio durante un rato y Dios sabe que yo hice lo mismo, aunque ardía en deseos de saber sobre qué estaban hablando. Finalmente, dijo:

–Coronel Manning, tengo la intención de seguir el procedimiento que ha sugerido, con los cambios que ya hemos discutido. Pero mañana iré allí personalmente para ver con mis propios ojos si el polvo puede hacer lo que usted afirma. ¿Puede preparar una demostración?

–Sí, señor presidente.

–Muy bien, utilizaremos al capitán DeFries a no ser que se me ocurra un procedimiento mejor. –¡Por un instante pensé que planeaban usarme como conejillo de indias! Pero entonces se volvió hacia mí y añadió–: Capitán, espero verle en Inglaterra en calidad de representante mío.

Tragué saliva.

–Sí, señor presidente.

Y eso es todo lo que le he dicho en mi vida al presidente de los Estados Unidos.

Después de eso Manning tuvo que hablarme largamente sobre las cosas que le habían estado preocupando. Voy a intentar explicarlas tan detalladamente como me sea posible, aun corriendo el riesgo de resultar demasiado obvio y de repetir cosas que son del conocimiento común.

Teníamos un arma a la cual no se podía detener. Cualquier tipo de polvo K-O esparcido sobre un lugar hacía que dicha área se volviera inhabitable durante un período de tiempo que dependía de la semivida de la sustancia radiactiva.

Punto final.

Cuando una zona era cubierta con el polvo no se podía hacer nada hasta que la radiactividad hubiera bajado a un grado en el cual ya no resultara nociva. El polvo era imposible de limpiar, estaba por todas partes. No había ninguna forma posible de contrarrestar su acción: si se lo quemaba o se utilizaba alguna combinación química, el isótopo radiactivo seguía ahí, todavía radiactivo y todavía letal. Una vez usado sobre una extensión de tierra, ese pedazo de terreno no toleraría vida alguna durante un periodo predeterminado de tiempo.

Era extremadamente sencillo de utilizar. No hacía falta ningún tipo de complicado sistema de puntería, no era necesario preocuparse de dar en los «objetivos militares». Bastaba llevarlo en cualquier tipo de aeroplano, alcanzar una posición situada más o menos sobre la zona que se deseaba esterilizar y dejar caer la sustancia. Quienes estuvieran en el área contaminada morirían en una hora, un día, una semana o un mes dependiendo del grado de contaminación..., pero morirían.

Manning me dijo que una noche había estado pensando seriamente en recomendar que toda persona conocedora de la técnica Karst–Obre, incluido él mismo, fuera ejecutada en interés de la civilización. Pero al día siguiente se había dado cuenta de que era una estupidez: la técnica acabaría siendo descubierta de nuevo por alguien más, con toda seguridad, sólo era cuestión de tiempo.

Además no serviría de nada esperar y resistir la tentación de utilizar ese terrible poder, pues alguien más podía perfeccionar la técnica y usarla. La única posibilidad de impedir que el mundo se convirtiera en un gigantesco depósito de cadáveres era que nosotros fuéramos los primeros en usar tal poder y lo hiciéramos de forma drástica: debíamos conseguir la ventaja inicial y conservarla.

Legalmente no estábamos en guerra, pero habíamos estado metidos en ella hasta el cuello desde 1940, con todo nuestro peso al lado de las democracias. Manning le había propuesto al presidente que le entregáramos cierta cantidad del polvo a Gran Bretaña, bajo las condiciones que especificaríamos, permitiéndoles de ese modo imponer la paz. Pero los términos de esa paz serían dictados por los Estados Unidos..., pues no pensábamos confiarles el secreto del polvo.

Después de eso, la *Pax Americana.*

Los Estados Unidos, lo quisieran o no, tenían ese poder. Había que aceptarlo y poner en vigor por la fuerza una paz mundial, de forma implacable y drástica, o de lo contrario el poder caería en manos de alguna otra nación. No podía haber partícipes en la posesión de este arma. El factor tiempo era predominante.

Fui seleccionado para manejar los detalles en Inglaterra porque Manning insistió en ello y el presidente estuvo de acuerdo con él, considerando que toda persona técnicamente familiarizada con el proceso Karst–Obre debía permanecer en el laboratorio bajo custodia protectora..., es decir, encarcelada. Eso incluía al mismo Manning. Yo podía ir porque no poseía el secreto –no me habría sido posible

adquirirlo sin pasarme años enteros estudiando–, y lo que no sabía no podría revelarlo ni tan siquiera bajo... bueno. bajo los efectos de las drogas. Estábamos decididos a mantener el secreto durante todo el tiempo que nos fuera posible para consolidar la *Pax;* no desconfiábamos de nuestros primos ingleses, pero eran británicos y. por tanto, su primera lealtad era hacia el Imperio Británico. No hacía falta tentarles.

Fui escogido porque comprendía el telón de fondo del asunto, aunque no su parte científica, y porque Manning confiaba en mí. No se porqué confió en mi el presidente, pero, claro, mi trabajo no era demasiado complicado.

Despegamos del nuevo aeropuerto situado junto a Baltimore en una tarde fría e inclemente que hacía juego con mi estado anímico del momento. Sentía un vacío en el estómago. mi nariz no paraba de gotear y, a buen recaudo en mis bolsillos, llevaba documentos que me nombraban agente especial del presidente de los Estados Unidos. Eran unos documentos bastante extraños y no tenían precedente: no se limitaban a darme la habitual inmunidad diplomática, sino que hacían de mi persona algo casi tan sagrado como la del mismísimo presidente.

En Nova Scotia aterrizamos para repostar, fuimos abandonados por los hombres del FBI, despegamos de nuevo y empezamos a ser escoltados por los cazas canadienses. Todo el polvo que enviábamos se hallaba en mi avión: si el representante del presidente era derribado, el polvo se esfumaría con él.

No hace falta hablar del viaje. Me encontraba bastante mareado y me sentía fatal pese a lo estables que resultaban los nuevos aparatos con seis motores. Tenía la sensación de ser un verdugo camino a la ejecución y ojalá Dios me hubiera permitido ser de nuevo un muchacho con nada peor que un examen oral del que preocuparse.

Sé que cuando nos aproximamos a Escocia hubo algún combate a nuestro alrededor, pero no pude presenciarlo, pues la cabina no tenía ventanillas. Nuestro capitán–piloto hizo caso omiso de él y posó nuestro aeroplano en un campo totalmente oscuro, utilizando el haz de guía, supongo yo, aunque no lo supe nunca y no es que me importe. Casi me habría gustado que nos estrelláramos. Luego se encendieron luces en el exterior y me di cuenta de que nos hallábamos en un hangar subterráneo.

Me quedé a bordo del aeroplano. El comandante me dijo que podía ir a sus aposentos personales en calidad de invitado suyo. Meneé la cabeza.

–Me quedo aquí –dije–. Órdenes. Ya sabe que deben tratar este aeroplano como si fuera parte del suelo de los Estados Unidos.

Pareció algo irritado, pero decidió optar por un compromiso e hizo que nos sirvieran la cena a los dos en mi aeroplano.

Al día siguiente se produjo una situación realmente embarazosa. Se me ordenó presentarme a una audiencia real. Pero yo tenía mis instrucciones y a ellas me atuve. Tenía que permanecer sentado sobre esa cargamento de polvo hasta que el presidente me indicara qué hacer con él. Ese mismo día, algo más tarde, me llamó un miembro del Parlamento –nadie llegó a confesar en voz alta que fue el primer

ministro–, así como un tal señor Windsor. El miembro del Parlamento se encargó durante casi todo el rato de la conversación y yo me limité a contestar a sus preguntas. Mi otro invitado dijo muy poco y cuando hablaba lo hacía lentamente y con cierta dificultad. Pero me produjo una impresión muy favorable. Parecía ser un hombre que soportaba un peso casi más allá de la fortaleza humana, pero lo hacía de forma heroica.

A esto siguió el período más largo de toda mi vida. En realidad no duró mucho más de una semana, pero cada minuto tuvo esa paralizante intensidad del desastre inminente que llega justo antes de una colisión automovilística. El presidente estaba utilizando ese tiempo para intentar que no fuera preciso usar el polvo. Tuvo dos conferencias televisivas cara a cara con el nuevo Fuhrer. El presidente sabía hablar correctamente el alemán, lo cual debería serle de gran ayuda. Se dirigió tres veces a las naciones en conflicto, pero resulta dudoso que pudieran oírle demasiadas personas en el continente, tal como estaban las reglas policiales del momento.

Al embajador del Reich se le dio una demostración especial sobre los efectos del polvo. Fue transportado en avión a una pradera desierta del Oeste y se le permitió ver lo que una leve rociada de polvo podía hacer con un rebaño de novillos. Tendría que haberle impresionado y creo que le impresionó – ¡nadie podría hacer caso omiso de una demostración visual!–. pero nunca llegamos a saber qué tipo de informe le hizo a su líder.

Durante ese tiempo de espera las Islas Británicas fueron visitadas periódicamente por bombarderos que realizaron ataques tan feroces como los de cualquier otro momento de la guerra. Yo me encontraba bastante seguro allí pero oí hablar de ellos y me di cuenta del efecto que producían sobre la moral de los oficiales con los que me relacionaba. No es que les asustaran..., les enfurecían. Las incursiones no iban dirigidas principalmente a fábricas o astilleros, sino que eran implacables destrucciones de cualquier objetivo especialmente pueblos y aldeas.

–No veo a qué estáis esperando, muchachos –me dijo un comandante de vuelo, quejándose–. Lo que necesitan los Jerries es una dosis de su propia *Schrecklichkeit,* una lección de esa cultura aria suya.

Meneé la cabeza.

–Tendremos que hacerlo a nuestro modo.

No quiso seguir hablando de ello, pero yo sabía cuáles eran sus sentimientos y los de sus compañeros. En ese tiempo tenían un brindis, un brindis tan sagrado como el que se hacía en nombre del rey: «¡Recordad Coventry!».

Nuestro presidente había estipulado que la RAF no debía llevar a cabo ningún bombardeo durante el período de negociación, pero pese a ello sus bombarderos estaban bastante ocupados. El continente fue rociado noche tras noche con paquetes de panfletos preparados por nuestros agentes de propaganda. El primer envío apelaba al pueblo del Reich para que detuvieran una guerra inútil y le prometía que las condiciones de paz no resultarían vengativas. La segunda lluvia de panfletos mostraba fotos de ese rebaño de novillos. La tercera era una sencilla advertencia de que se abandonaran las ciudades y se permaneciera alejado de ellas.

Tal y como dijo Manning, estábamos gritando tres veces «¡Alto!» antes de disparar. No creo que ni él ni el presidente esperaran que eso funcionara, pero estábamos moralmente obligados a intentarlo.

Los británicos me habían instalado un televisor del tipo Simonds–Yarley, que no podía ser interceptado, ya que en ese tipo de aparato el receptor debe «activarse» al transmisor para que pueda tener lugar la transmisión. Ello aseguraba la intimidad durante la rápida comunicación diplomática, algo que ocurría por primera vez en la historia, y fue una auténtica ayuda durante la crisis. Había traído conmigo un técnico, perteneciente al nuevo cuerpo de especialistas del FBI, para que se encargara de manejar el activador y el sistema distorsionador de la señal.

Una tarde me llamó.

–Señal de Washington.

Salí cansado de la cabina del avión y bajé hasta el puesto de control instalado en el hangar, preguntándome si se trataría de otra falsa alarma.

Era el presidente. Tenía los labios muy pálidos, casi blancos.

–Lleve a cabo sus instrucciones básicas. señor DeFries.

–¡Sí, señor presidente!

Los detalles habían sido convenidos de antemano y cuando hube aceptado el recibo y el pago simbólico que me hizo el comandante por mi cargamento de polvo, mis deberes llegaron a su fin. Pero, a petición nuestra, los británicos habían invitado a unos observadores militares de cada nación independiente y de varios gobiernos provisionales de las naciones ocupadas. El embajador de las Naciones Unidas me designó como uno de ellos al pedírselo Manning.

Nuestro grupo constaba de trece bombarderos. Habría bastado con uno solo para transportar todo el polvo que necesitábamos, pero se dividió el cargamento para asegurar que, como mínimo, la mayor parte de él llegara a su destino. Yo había traído un cuarenta por ciento más del polvo que Ridpath calculaba que sería necesario para la misión, y mi última tarea consistió en ocuparme de que cada recipiente era subido a uno de los aparatos que volarían. La cantidad extremadamente pequeña de polvo que se usaría fue especialmente puesta de relieve a cada uno de los observadores militares.

Despegamos al anochecer, subimos hasta unos setenta y cinco mil metros, nos aprovisionamos de combustible en el aire y volvimos a subir. Nuestra escolta nos estaba aguardando y se había aprovisionado unos treinta minutos antes que nosotros. La formación se escindió en trece grupos y avanzó por la tenue atmósfera hacia el centro de Europa. Los bombarderos que llevábamos habían sido despojados de todo el equipo posible y preparados para alcanzar el máximo de altura y velocidad.

Un poco antes que nosotros despegaron de Inglaterra otras formaciones, que deberían actuar como distracción. Sus destinos estaban esparcidos por toda Alemania y la intención era crear tal confusión aérea por encima del Reich que nuestro pequeño grupo pudiera escapar a su atención, volando muy arriba de la estratosfera, dedicándose al trabajo realmente serio.

Los trece portadores de polvo se aproximaron a Berlín desde varias direcciones, planeando cruzar sobre la ciudad formando los radios de una rueda. La noche era apreciablemente clara y teníamos la luna

bastante baja para ayudarnos. Berlín no es una ciudad difícil de localizar, dado que su extensión es la más amplia de cualquier ciudad moderna y se encuentra situada en una llanura aluvial. Al acercarnos pude distinguir el río Spree y el Havel. La ciudad estaba a oscuras, pero la negrura de una ciudad es muy distinta a la del campo. En muchas zonas de la ciudad se veía colgar bengalas en paracaídas, indicando con ello que la RAF había estado ocupada antes de que llegáramos ahí y las baterías antiaéreas del suelo nos ayudaron a encontrarla.

Estaban combatiendo bajo nosotros, pero, a juzgar por lo que yo veía, el combate se libraba por lo menos a unos cuarenta mil metros de distancia.

–¡En el rumbo de aproximación! –le informó el piloto al capitán.

El que se encargaba del altímetro fue introduciendo sus datos en los fusibles de cada recipiente. Los recipientes iban equipados con una pequeña carga de pólvora negra, suficiente para hacer que explotaran y dispersar el polvo un tiempo después de que hubieran sido soltados, lapso determinado por el ajuste que se hubiera hecho en el fusible. El método utilizado respondía sólo a razones de comodidad. El polvo habría sido casi igual de efectivo si lo hubiéramos dejado caer en bolsas de papel, aunque no habría quedado tan bien distribuido.

El capitán se inclinó sobre el tablero del navegante con un leve fruncimiento de ceño en su delgado y cetrino rostro.

–Listo el uno! –informó el bombardero.

–Suelta!

–¡Listo el dos!

El capitán estudió su reloj de pulsera.

–¡Suelta!

–¡Listo el tres!

–¡Suelta!

Cuando el último de nuestros diez pequeños recipientes se encontró fuera del aparato, dimos la vuelta y nos fuimos rápidamente hacia casa.

No se había hecho ningún tipo de arreglo para mi regreso; nadie había pensado en ello. Pero era lo único que deseaba. No me encontraba mal: a decir verdad, no sentía nada o casi nada. Tenía la impresión de ser como el hombre que por fin ha logrado reunir valor y ha sufrido una seria operación; se acabó. sigue teniendo el cuerpo entumecido a causa de la conmoción operatoria, pero su mente está al fin tranquila. Sin embargo, quería irme a casa.

El comandante británico se portó muy bien: se encargó de que prepararan inmediatamente mi aeroplano, le asignó tripulación y me dio una escolta para cruzar la zona de guerra, que se hallaba después de la costa. Era un modo bastante caro de hacer que un hombre volviera a casa, pero ¿a quién le importaba? Acabábamos de sacrificar varios millones de vidas en un desesperado intento por dar fin a la guerra; ¿qué era un mero gasto monetario? Dio las órdenes necesarias casi sin pensar en ellas.

Yo me tragué una dosis doble de nembutal y desperté en Canadá. Intenté conseguir algunas noticias mientras revisaban el aeroplano, pero no había mucho que oír. El gobierno del Reich había emitido sólo un boletín oficial de noticias después del ataque, burlándose de la tan cacareada «arma secreta» de los británicos y afirmando que sobre Berlín y algunas otras ciudades había tenido lugar una gran incursión aérea. pero que los incursores habían sido rechazados sufriéndose sólo daños no muy importantes. El lord Ja–Ja (1) de ese momento dio comienzo a uno de sus sarcásticos discursos, pero no pudo continuarlo. El locutor dijo que había sufrido un ataque al corazón y le sustituyó por algunas grabaciones de música patriótica. La estación dejó de emitir a mitad del «Horst Wessel». Después de eso, el silencio.

Logré conseguir un vehículo del ejército y un chófer en el campo de Baltimore, y con ellos recorrí velozmente la autopista de Annapolis. Casi pasamos de largo el desvío del laboratorio.

Manning estaba en su despacho. Cuando entré alzó la mirada, dijo «Hola, John» con voz abatida, y clavó nuevamente los ojos en el secante, concentrándose otra vez en la tarea de hacer garabatos sobre él.

Le miré durante unos segundos y, por primera vez, me di cuenta de que el jefe era viejo. Tenía el rostro grisáceo y la piel fláccida, profundos surcos encuadraban sus labios en un triángulo. Las ropas no le sentaban demasiado bien.

Fui hacia él y le puse la mano en el hombro.

–No se lo tome así, jefe. No es culpa suya. Les dimos todos los avisos posibles.

Alzó nuevamente los ojos.

–Estelle Karst se ha suicidado esta mañana.

Cualquiera podría haberlo previsto, pero nadie lo hizo. Y, sin saber por qué, esa muerte fue para mí un golpe más duro que la muerte de todos aquellos desconocidos en Berlín.

–¿Cómo lo hizo? – pregunté.

–Polvo. Fue a la habitación de envasado y se quitó la armadura.

Pude verla claramente: la cabeza bien alta, los ojos brillantes y ese fruncimiento de labios que siempre mostraba cuando la gente hacía algo que ella no aprobaba. Una mujer no muy alta, casi una anciana, con el trabajo de su vida entera utilizado contra ella.

–Desearía poder explicarle por qué tuvimos que hacerlo –añadió Manning lentamente.

La enterramos en un féretro recubierto de plomo y luego Manning y yo fuimos a Washington.

Mientras estábamos ahí vimos las películas que se habían rodado sobre la muerte de Berlín. Ustedes no las habrán visto; jamás se hicieron públicas, pero fueron muy útiles para convencer a las demás naciones del mundo de que la paz era una buena idea. Yo las vi al mismo tiempo que el Congreso y se me permitió asistir porque era el ayudante de Manning.

Habían sido hechas por un par de pilotos de la RAF que habían esquivado a la *Luftwaffe* para conseguirlas. Los primeros planos mostraban algunas de las calles principales la mañana siguiente a la incursión. No había mucho que ver en esos planos tomados con teleobjetivo, sólo calles concurridas y con mucho tráfico, pero si se observaban atentamente se podía comprobar un número excesivo de accidentes automovilísticos.

El segundo día mostraba ya el intento de evacuación. Las partes más interiores de la ciudad estaban prácticamente abandonadas salvo por los cadáveres y los coches accidentados, pero las calles que conducían hacia fuera de la urbe bullían de gente, la mayor parte a pie, pues los tranvías se hallaban fuera de servicio. Aquellos pobres desgraciados estaban huyendo sin saber que la muerte estaba ya alojada en su interior. En un momento dado el aeroplano hizo un picado y el operador apuntó su teleobjetivo durante varios segundos al rostro de una mujer bastante joven. Ella pareció devolverle la mirada con una expresión demasiado abatida para poderla olvidar, luego tropezó y cayó.

Puede que la pisotearan. Esa es mi esperanza. Uno de los seis caballos había tenido esa misma expresión cuando la sustancia empezó a tener efecto en sus órganos vitales.

La última secuencia mostraba Berlín y las carreteras más cercanas una semana después de la incursión. La ciudad estaba muerta; no había hombres, mujeres ni criaturas, tampoco había gatos ni perros, ni tan siquiera una paloma. Había cadáveres por todas partes, pero estaban a salvo de las ratas, ya que tampoco había ratas.

Ahora las carreteras cercanas a Berlín estaban tranquilas y silenciosas. Esparcidos al azar por las cunetas y los parapetos y, en menor número, sobre el mismo pavimento, como el carboncillo que va dejando un tren a su paso, se hallaban los silenciosos montones de cuerpos que antes habían sido los ciudadanos de la capital del Reich. No sirve de nada hablar de eso.

Pero, en cuanto a lo que a mí concierne, dejé mi alma en esa sala de proyección y no he vuelto a recuperarla desde entonces.

Los dos pilotos que rodaron las películas acabaron muriendo: infección acumulativa en sus sistemas vitales, polvo en la atmósfera sobre Berlin. Eso no tendría que haber ocurrido si hubieran tomado precauciones. pero los ingleses todavía no creían que nuestros extremados cuidados fueran necesarios.

Al Reich le hizo falta una semana para doblegarse. Podría haberse tardado más tiempo si el nuevo Führer no hubiera ido a Berlín el día siguiente de la incursión para «demostrar» lo hueco de las fanfarronadas británicas». No hace falta contar los gobiernos provisionales que Alemania tuvo durante los meses siguientes; el único que nos importa es el que se hizo llamar de restauración monárquica y usó a un primo del viejo káiser como símbolo, el que pidió la paz.

Entonces empezaron los problemas.

Cuando el primer ministro anunció los términos del acuerdo privado que había concluido con nuestro presidente fue acogido con un silencio que sólo se rompió luego con los gritos de «¡Es una verguenza! ¡Una verguenza! ¡Dimisión!». Supongo que era inevitable: la cámara de los Comunes reflejaba el espíritu de un pueblo que había sido implacablemente castigado durante cuatro años. Su estado de ánimo en esos momentos era tal que se hallaban dispuestos a imponer una paz a cuyo lado el Tratado de Versalles hubiera parecido el texto de las Bienaventuranzas.

El voto de censura no le dejó opción al primer ministro. Cuarenta y ocho horas después el rey pronunció desde su trono un discurso que violaba todos los precedentes constitucionales, pues no había

sido escrito por un primer ministro. En ésta, la mayor crisis de todo su reinado, su voz sonó muy clara y tranquila: logró venderle la idea a Inglaterra entera y se formó un gobierno de coalición nacional.

No sé si habríamos llegado o no a rociar Londres con el polvo para imponer nuestros términos; Manning piensa que lo habríamos hecho. Supongo que eso dependió del carácter personal del presidente de los Estados Unidos y no hay forma de saberlo dado que no nos vimos obligados a ello.

Los Estados Unidos y, en particular, el presidente de los Estados Unidos, se vieron enfrentados a dos problemas que no podían rehuir: primero, teníamos que consolidar nuestra posición de inmediato, utilizar la ventaja temporal que nos daba un arma de tan abrumador poderío para asegurarnos de que dicha arma no se volvería contra nosotros en otras manos. Segundo, se debía encontrar algún medio para estabilizar la política exterior norteamericana de forma que pudiera manejar el tremendo poder que de pronto había caído sobre nosotros.

El segundo problema era, con mucho, el más serio y difícil. Si pensábamos establecer una paz razonablemente duradera –digamos que de un siglo o así–, mediante un monopolio sobre un arma tan poderosa que nadie osaría combatirnos, era imperativo que debíamos actuar bajo una política más estable que la determinada por las administraciones políticas pasajeras. Pero luego se hablará más de eso...

El primer problema debía ser resuelto de inmediato, pues el tiempo se hallaba en el corazón del dilema. La emergencia actual radicaba en la misma simplicidad del arma. No hacia falta nada más que un aeroplano para dispersar el polvo, y bastaba con poseer el secreto del proceso Karst–Obre y tener acceso a un pequeño suministro de mineral que contuviera uranio para fabricar éste de modo rápido y sencillo.

Pero, además, el proceso Karst–Obre era muy sencillo y cualquiera podía llegar a desarrollarlo independientemente y eso podía ocurrir en cualquier instante. Manning informó al presidente que Ridpath opinaba, y él también, que el personal de cualquier moderno laboratorio de radiaciones debería ser capaz de crear una técnica equivalente en seis semanas, trabajando solamente sobre las pistas proporcionadas por lo ocurrido en Berlín, y que en seis semanas más debería ser capaz de producir la suficiente cantidad de polvo como para causar una considerable destrucción.

Noventa días..., noventa días contando con que empezaran desde cero y no se hallaran ya a medio camino de su objetivo. Menos de noventa días..., quizá no hubiera tiempo de nada...

Para aquel entonces Manning ya era miembro no oficial del gabinete: «Secretario del Polvo», le llamó el presidente en uno de sus raros momentos de buen humor. En cuanto a mí..., bueno, yo también asistía a las reuniones del gabinete. Siendo el único profano que había asistido al espectáculo desde el principio hasta el final, el presidente quería tenerme allí.

Soy un hombre corriente que, a través de una concatenación de improbabilidades, se encontró metido de repente en los consejos de los gobernantes. Pero descubrí que también los gobernantes eran hombres normales, y que, con frecuencia, estaban tan atónitos como yo.

Pero Manning no era un hombre corriente. El sentido común del hombre de la calle se había elevado en él a la categoría de la genialidad. ¡Oh, sí!, estoy enterado de que resulta muy popular echarle la culpa de todo y llamarle de todo, desde traidor hasta perro rabioso, pero sigo pensando que era un hombre

inteligente y dotado de buenas intenciones. No me importa el número de historiadores que disientan de mí basándose en conjeturas de segunda mano.

–Propongo –dijo Manning–, que empecemos inmovilizando a todos los aeroplanos del mundo.

El secretario de comercio alzó las cejas.

–¿No le parece que eso es algo fantasioso, coronel Manning? –dijo.

–No, no me lo parece –respondió secamente Manning–. Estoy siendo realista. La clave del problema son los aeroplanos. Sin ellos el polvo no es un arma eficiente. El único modo que veo de ganar tiempo para tratar con la totalidad del problema es dejar todos los aeroplanos en el suelo e inutilizarlos. Es decir, todos los aeroplanos que no se encuentren actualmente al servicio del ejército de los Estados Unidos. Después de eso podremos vérnoslas con el problema del desarme total en el planeta y los métodos permanentes de control.

–Realmente –contestó el secretario–, no estará proponiendo usted que dejen de funcionar todas las líneas aéreas comerciales. Son parte esencial de la economía del mundo. Las molestias resultantes serían intolerables.

–También la muerte es una molestia intolerable –respondió Manning con tozudez–. Eso es lo que propongo, nada más. Todos los aeroplanos. Todos.

El presidente había estado escuchando la discusión sin hacer comentarios y ahora decidió intervenir en ella.

–¿Qué hay de los aeroplanos necesarios para que ciertos grupos humanos sigan con vida, coronel, como ocurre en las líneas de Alaska?

–Si existen, deben ser manejados por pilotos y tripulaciones del ejército norteamericano. Sin excepciones.

El secretario de comercio pareció sorprendido.

–¿Debo interpretar por esa última observación que pretende aplicar esta prohibición a los Estados Unidos igual que al resto de las naciones?

–Naturalmente.

–Pero eso es imposible. Es anticonstitucional. Viola los derechos civiles.

–Matar a un hombre también es una violación de sus derechos civiles –contestó Manning, sin ceder en su postura.

–No puedo hacerlo. Cualquier tribunal de este país le condenaría por ello en menos de cinco minutos.

–Me parece –dijo Manning hablando lentamente–. que Andy Jackson nos dio un buen precedente para eso cuando le dijo a John Marshall que se fuera a jugar con su cometa. –Contempló uno por uno los rostros que había alrededor de la mesa y cuyas expresiones iban de la indecisión a la clara hostilidad–. El problema es muy difícil, caballeros, y creo que haríamos bien expresándolo con toda claridad. Podemos ser hombres muertos con todo hecho tal y como debe ser, técnica y constitucionalmente correcto; o podemos hacer lo que debe hacerse. seguir con vida e intentar arreglar después los aspectos legales.

Se quedó callado y esperó.

El secretario de trabajo decidió recoger el desafío lanzado por Manning.

–No me parece que el coronel tenga el monopolio del realismo. Creo que yo también veo el problema y admito que es serio. El polvo no debe ser usado nunca más. Si me hubiera enterado de su existencia con antelación, jamás habría sido utilizado contra Berlín. Y estoy de acuerdo en que es necesario algún tipo de control a escala mundial. Pero disiento del coronel respeto al método. Lo que propone es una dictadura militar impuesta por la fuerza al mundo entero. Admítalo, coronel. ¿No es lo que está proponiendo?

Manning no intentó eludir su pregunta.

–Eso es lo que estoy proponiendo.

–Gracias. Ahora sabemos el terreno que pisamos. Para empezar, yo no considero que las medidas democráticas y el procedimiento constitucional sean de tan poca importancia que me halle dispuesto a echarlos por la borda cuando resulte conveniente. Para mí la democracia es algo más que un asunto de comodidad. es una fe. O funciona o prefiero hundirme con ella.

–¿Qué propone? –preguntó el presidente.

–¡Propongo que tratemos esto como la oportunidad de crear una comunidad democrática a escala mundial! Usemos nuestra actual posición predominante para emitir una llamada a todas las naciones y pedirles que manden representantes a una conferencia para formar una constitución mundial.

–Liga de Naciones –oí que murmuraba alguien.

–¡No! –exclamó respondiendo a esa observación–. No una Liga de Naciones. La vieja Liga se encontró indefensa porque carecía de existencia y poder reales. No tenía los instrumentos para dar fuerza a sus decisiones; no era más que una sociedad donde se discutía, una impostura. ¡Esta sería distinta porque le entregaríamos el polvo!

Durante unos minutos nadie abrió la boca. Era fácil ver que estaban dándole vueltas a la propuesta en sus mentes, llenos de dudas. sintiendo cierta aprobación hacia ella, intrigados pero no convencidos.

–Me gustaría responder a esa propuesta –dijo Manning.

–Adelante –dijo el presidente.

–Eso haré. Voy a tener que usar un lenguaje algo crudo y espero que el secretario Lamer me haga el honor de creer que hablo de esta forma por la profunda preocupación que siento y porque quiero ser sincero, y no impulsado por alguna irritación personal.

»Creo que una democracia mundial sería algo estupendo y le pido que me crea cuando digo que sacrificaría mi vida por conseguirla. También creo que sería estupendo que el león se tendiera a reposar junto al cordero. pero estoy razonablemente seguro de que sólo el león volvería a levantarse después del reposo. Si intentamos formar ahora una democracia mundial, nosotros seremos el cordero de esa organización.

»En estos tiempos hay mucha gente honrada y de buenas intenciones que se siente internacionalista. Nueve de cada diez no saben pensar demasiado bien y el décimo del grupo es un ignorante. Si

conseguimos crear una democracia a escala mundial. ¿cuál sería su electorado? Echémosle una mirada a los hechos: cuatrocientos millones de chinos con el mismo concepto del voto y la responsabilidad ciudadana que podría tener una pulga; trescientos millones de hindúes que no se encuentran mucho mejor adoctrinados que los chinos; sólo Dios sabe cuántos en la Unión Soviética creyendo en sólo Dios sabe qué; todo el continente de África a medio civilizar: ochenta millones de japoneses que en realidad se creen predestinados por el cielo para gobernar: nuestros amigos hispanoamericanos que quizá se alineen con nosotros y quizá no, pero que no entienden la Declaración de los Derechos igual que nosotros. y doscientos cincuenta millones de personas pertenecientes a veinticuatro nacionalidades distintas en Europa, todas con la venganza y el odio más negro en sus corazones.

»No, no saldrá bien. Es ridículo hablar de una democracia mundial y lo será durante bastantes años. Si le entregan el secreto del polvo a semejante organismo, le estarán dando armas al mundo entero para que se suicide.

Lamer le contestó sin perder un segundo.

–Podría ofenderme ante algunas de sus observaciones pero no pienso hacerlo. Para decirlo claramente, conozco la fuente de la cual provienen y por eso no lo hago. El problema con usted, coronel Manning, es que su profesión es la de soldado y no tiene fe en la gente. Puede que los soldados sean necesarios, pero en el peor de los casos se mueven por las ordenanzas y, en el mejor, caen en el paternalismo.

A continuación dijo bastantes cosas más, todas dentro de la misma onda.

Manning aguantó en silencio hasta llegarle el turno de responder.

–Puede que sea todas esas cosas pero no ha refutado usted mi argumento. ¿Qué piensa hacer con los centenares de millones de personas que no saben nada en cuanto a la democracia y no sienten amor alguno por ella? Bueno, quizá yo no tenga el mismo concepto de la democracia que usted, pero algo sí tengo por cierto: más al oeste hay unas doscientas mil personas que me enviaron al congreso y no pienso quedarme callado, permitiendo que se tome por un camino que creo acabará con sus vidas o que nos llevará al desastre más absoluto.

»Este es el futuro más probable, tal y como yo lo veo, según el potencial que encierra la fisión atómica y el desarrollo de sustancias radiactivas artificiales y mortíferas. Alguna potencia consigue una cantidad de polvo. Nos atacarán primero para intentar borrarnos del mapa y tener así las manos libres. Nueva York y Washington en una sola noche y luego todas nuestras áreas industriales en tanto que seguimos estando política y económicamente desorganizados. Pero nuestro ejército no se encontraría en esas ciudades; tendríamos aeroplanos y un suministro de polvo allí donde la primera rociada no les toca. Nuestros chicos, valerosa y justicieramente, se encargarían entonces de envenenar sus grandes ciudades. Y el intercambio seguiría hasta que la organización de cada país hubiera sido lo bastante destrozada como para no ser capaz de seguir manteniendo un nivel de industrialización lo bastante alto para atender a los aeroplanos y fabricar el polvo. Eso quiere decir que durante el proceso habría plagas y hambres masivas. Les dejo que añadan los detalles.

»Las demás naciones se unirían al juego. Seria una estupidez suicida, por supuesto, pero no hace falta tener cerebro para probar suerte con esto. Todo lo que hace falta es un grupo muy pequeño, hambriento de poder, unos cuantos aeroplanos y una cantidad de polvo. Es un círculo vicioso que no puede ser detenido hasta que el planeta entero haya descendido a un nivel económico lo bastante bajo como para no ser capaz de sostener las técnicas necesarias para seguir luchando. Según mis cálculos se llegaría a tal punto cuando aproximadamente tres cuartas partes de la población mundial hubiera muerto a causa del polvo, el hambre o las enfermedades y la cultura se hubiera reducido a la escala de los campesinos y las aldeas.

»¿Dónde está su Constitución y su Declaración de los Derechos si permiten que suceda todo eso?

Lo he abreviado un poco pero ese fue el meollo de cuanto dijo. Me habría sido imposible dejar por escrito aquí cada palabra de una discusión que se prologó durante días enteros.

Luego fue el secretario de Marina quien se encargó de atacarle.

–¿No se está poniendo algo histérico, coronel? Después de todo, el mundo ha visto montones de armas que iban a volver la guerra algo tan horrible que resultaría imposible pensar en hacerla. Gas venenoso, tanques, aeroplanos..., incluso las armas de fuego, si recuerdo bien mis lecciones de historia.

Manning sonrió con cierto sarcasmo.

–Un punto para usted, señor secretario. «Y cuando llegó realmente el lobo, el muchachito gritó en vano.» Imagino a la Cámara de Comercio de Pompeya ofreciéndole el mismo argumento a un precursor de la vulcanología lo bastante timorato como para tener miedo del Vesubio. Intentaré justificar mis temores. El polvo difiere de cualquier arma anterior en su capacidad letal y en lo sencillo de su utilización pero, y eso es lo principal, en que no hemos desarrollado defensa alguna contra él. A causa de cierto número de razones bastante técnicas, no creo que lo consigamos nunca, al menos durante este siglo.

–¿Porqué no?

–Porque no hay modo alguno de contrarrestar la radiactividad aparte de interponer entre usted y ella un escudo de plomo a prueba de aire. La gente podría sobrevivir en ciudades subterráneas totalmente cerradas, pero nuestra cultura, la que nos caracteriza como norteamericanos, no podría ser mantenida.

–Coronel Manning –le dijo el secretario de Estado–, creo que ha pasado usted por alto la alternativa más clara.

–¿De veras?

–Sí..., mantener el polvo como nuestro secreto particular, seguir nuestro propio camino y dejar que el resto del mundo cuide de sí mismo. Ése es el único programa que encaja con nuestras tradiciones.

El secretario de Estado, a decir verdad, era un hombre excelente, un caballero como los de antes, y no era ningún estúpido pero sí algo lento a la hora de asimilar las nuevas ideas.

–Señor secretario –dijo Manning con voz respetuosa–, ojala nos pudiéramos permitir el lujo de ocuparnos de nuestros asuntos. Ese sería mi deseo. Pero según las opiniones de todos los expertos no podemos mantener el control de este secreto a no ser mediante rigurosos métodos policíacos. Los alemanes nos pisaban los talones en la investigación nuclear; fue pura suerte el que nosotros lo

consiguiéramos antes. Le pido que imagine a la Alemania de hace un año... con un cargamento de polvo en su poder.

El secretario no respondió pero vi cómo sus labios formaban la palabra «Berlín».

Siguieron hablando. El presidente había permitido deliberadamente que Manning se encargara de recibir todos los palos durante la discusión, conservando intacta su reserva de buena voluntad para convencer a los más escépticos. Decidió que el asunto no debía ser sometido al Congreso: los aeroplanos cargados de polvo estarían sobre nuestras cabezas antes de que todos los senadores hubieran terminado con su intervención. Lo que pretendía hacer quizá fuera anticonstitucional pero. si dejaba de actuar. quizá muy pronto no hubiera ninguna Constitución. Había precedentes: la proclamación de Emancipación, la doctrina Monroe, la compra de Luisiana, la suspensión del *habeas corpus* durante la guerra de Secesión y el acuerdo de los Destructores.

El 22 de febrero el presidente declaró el estado de emergencia en el interior del país y mandó su Proclamación de Paz a cada jefe de nación extranjera. Una vez se le quitaba su envoltura diplomática, esto es lo que decía el mensaje: *Los Estados Unidos se encuentran preparados para derrotar a cualquier potencia o combinación de ellas en un tiempo mínimo. Por lo tanto, hemos declarado ilegal la guerra y apelamos a cada nación para que se desarme inmediatamente y de forma total. En otras palabras, «¡Tirad las armas, chicos; os tenernos cubiertos!».*

En el mensaje había un anexo explicando el procedimiento: todos los aeroplanos capaces de atravesar el Atlántico debían ser entregados en una semana de plazo a un campo de aviación (mejor dicho, a una gran pradera). que se encontraba al oeste de Fort Riley. Kansas. Para los aeroplanos de menor envergadura había un punto cerca de Shanghai y otro en Gales. Posteriormente se emitirían mensajes haciendo referencia al restante equipo de guerra. El uranio y el mineral del que se obtenía no eran mencionados en el mensaje; eso vendría luego.

No podía haber excusa alguna. La negativa al desarme sería interpretada como un acto de guerra contra los Estados Unidos.

No hubo ningún caso de apoplejía en el Senado; ignoro el porqué. Sólo había tres potencias de las cuales preocuparse seriamente: Inglaterra, Japón y la Unión Soviética. Inglaterra había sido advertida previamente, la habíamos sacado de una guerra que estaba perdiendo, y la nación –o, mejor dicho, los hombres que se hallaban en el poder—, sabían con precisión lo que podíamos hacer y lo que haríamos llegado el momento.

Japón era otro asunto. No habían visto lo de Berlín y, realmente, no creían en lo ocurrido. Además, llevaban tantos años convenciéndose de que eran invencibles que habían llegado a creerlo. No sirve de nada ponerse demasiado duro con un japonés a las primeras de cambio, porque prefieren morir antes que perder el honor. Las negociaciones fueron conducidas con gran discreción, pero nuestra flota se hallaba ya a mitad de camino entre Pearl Harbour y Kobe, cargada con una cantidad de polvo suficiente para esterilizar seis ciudades de buen tamaño, antes de que concluyeran. ¿Saben cómo se consiguió? Esto

jamás llegó a los periódicos, pero era la sustancia de los panfletos que nos proponíamos lanzar antes de sembrar el polvo.

El emperador tuvo el placer de abrir un Nuevo Orden de Paz. La versión oficial. pensada para el consumo interno, hizo que todo el asunto pareciera una colaboración entre dos grandes potencias amigas, con Japón tomando la iniciativa.

La Unión Soviética era un enigma. Tras la inesperada muerte de Stalin en 1941, ninguna nación occidental sabía demasiado bien lo que estaba pasando allí dentro. Nuestras relaciones diplomáticas se habían atrofiado cuando no logramos reemplazar a los hombres que habíamos hecho volver al hogar hacía ya cuatro años. Por supuesto, todos sabían que el nuevo grupo en el poder se hacía llamar la Quinta Internacional, pero el significado de ese nombre, aparte de que se habían dejado de exhibir las fotografías de Lenin y Stalin, era algo que nadie conocía.

Pero accedieron a nuestros términos y se ofrecieron a cooperar de todas las formas posibles. Indicaron que la Unión jamás había sido belicista y se había mantenido fuera de la reciente contienda mundial. Resultaba perfectamente adecuado que las dos grandes potencias, que aún perduraban, usaran su grandeza para asegurar una paz duradera.

Al enterarme de ello me sentí muy complacido: estaba bastante preocupado por la Unión Soviética.

Empezaron a entregar algunos de sus aeroplanos más ligeros en la estación receptora situada cerca de Shangai sin perder un instante. Los informes sobre el número y la calidad de los aeroplanos parecían indicar que se habían mantenido apartados de la guerra porque no les quedaba otro remedio: los aeroplanos eran casi todos de fabricación alemana y se hallaban en muy mal estado, siendo modelos que los alemanes habían dejado de utilizar al empezar la guerra.

Manning fue al Oeste para supervisar ciertos detalles relacionados con la inmovilización de los aeroplanos más grandes, los transoceánicos, que debían reunirse cerca de Fort Riley. Teníamos planeado rociarlos con petróleo y luego sembrar polvo desde poca altitud, como si estuviéramos fumigando una cosecha, usando una concentración de polvo bastante baja para que sus efectos duraran sólo un año. Luego podríamos darles la espalda y olvidarnos de ellos, mientras atendíamos otros asuntos.

Pero había ciertos riesgos. El polvo no podía llegar a Kansas City, Lincoln, Wichita o cualquiera de las ciudades cercanas. Los pueblos más pequeños de la zona fueron temporalmente evacuados. Fue necesario disponer estaciones de control en todas las direcciones para mantener un registro preciso de la dispersión del polvo. Manning tenía la sensación de ser personalmente responsable y debía asegurarse de que nadie era envenenado accidentalmente.

Antes de aterrizar en Fort Riley dimos unas cuantas vueltas por encima del lugar. Pude ver los tres campos de aterrizaje que habían sido despejados apresuradamente sobre el terreno. Sus pistas relucían bajo el sol con un reflejo blanco, pues el cemento usado, que tarda veinticuatro horas en secarse, todavía no había sido ensuciado por ningún aterrizaje. Alrededor de cada campo había docenas de zonas de aparcamiento, no tan bien niveladas. En algunas de ellas se veía trabajar todavía a los tractores y bulldozers. En los campos situados más hacia el este se encontraban ya los aeroplanos ingleses y

alemanes, apretados unos contra otros como si estuviesen en la cubierta de un portaaviones; con excepción de unos cuantos que estaban siendo remolcados hacia sus posiciones. Desde el aire, los minúsculos tractores parecían hormigas que arrastraban pedazos de hierba muchas veces más grandes que ellas mismas

De la Unión Soviética sólo habían llegado tres fortalezas volantes. Sus representantes habían pedido un breve plazo para que les pudiera llegar un suministro de gasolina de alta potencia para aviones. Afirmaron que no poseían el combustible necesario para hacer con seguridad el largo vuelo por encima del Ártico. No había forma de saber si ello era cierto, y se les concedió el plazo que pedían mientras se mandaba el combustible de Inglaterra.

Estábamos a punto de irnos, una vez que Manning quedó satisfecho en cuanto a las precauciones de seguridad, cuando llegó un mensaje anunciando que antes de terminar el día podíamos esperar la llegada de un grupo de bombarderos de la Unión Soviética. Manning quería verlos llegar y estuvimos esperando durante cuatro horas. Cuando se informó por fin que nuestra escolta de cazas los había recogido en la frontera canadiense, Manning pareció ponerse nervioso y dijo que deseaba verlos desde el aire. Despegamos, ganamos altitud y esperamos.

Eran nueve bombarderos, avanzando en una columna escalonada a diferentes niveles, y su tamaño era tan grande que nuestros pequeños cazas a duras penas si eran visibles. Dieron una vuelta sobre el campo, y yo estaba admirando la majestuosa serenidad de su vuelo cuando el piloto de Manning, el teniente Rafferty, exclamó:

–¡Qué diablos hacen! ¡Se están preparando para aterrizar en contra del viento!

Seguí sin comprender lo que ocurría, pero Manning, dirigiéndose al copiloto, gritó:

–¡Contacto con el campo!

El copiloto hizo funcionar sus instrumentos y anunció:

– ¡Les tengo, señor!

–¡Alarma general! ¡Armaduras!

Naturalmente no pudimos oír las sirenas, pero si pude ver cómo hilos de humo blanco brotaban de la gran sirena de vapor situada sobre el edificio de administración: primero hubo tres grandes emisiones de

humo y luego tres más breves y pequeñas. En ese mismo instante la primera nube de polvo brotó de los aeroplanos de la Unión Soviética.

En vez de aterrizar pasaron muy bajo sobre el centro de recepción, atestado ahora con aeroplanos de todo el mundo. Cada escalón de su grupo se encargó de un campo de aterrizaje y una pesada humareda marrón brotó de los vientres de los aeroplanos de la Unión Soviética.

En vez de aterrizar pasaron muy bajo sobre el centro de recepción, atestado ahora con aeroplanos de todo el mundo. Cada escalón de su grupo se encargó de un campo de aterrizaje y una pesada humareda marrón brotó de los vientres de los aeroplanos de la Unión Soviética. Vi una minúscula figura negra que saltaba de un tractor y corría hacia el edificio más cercano. Después la pantalla de humo oscureció el campo.

–¿Aún puede hablar con el campo? –preguntó Manning.

–Sí, señor.

–Póngame con el técnico jefe de seguridad. ¡De prisa!

El copiloto conectó el amplificador para que Manning pudiera hablar directamente con él.

–¿Saunders? Aquí Manning. ¿Qué hay?

–Radiactivo, jefe. Intensidad siete punto cuatro.

Habían logrado realizar su propio proceso Karst–Obre.

Manning cortó la conexión con él y pidió que la oficina de comunicaciones del campo llamara al jefe del departamento de Guerra. Hubo una espera que nos puso los nervios a prueba, pues la llamada tuvo que ser enviada usando el telégrafo a Kansas City y alguna jefa de operadoras debió ser convencida de requisar una línea que se hallaba en uso comercial. Pero, finalmente, logramos la conexión y Manning hizo su informe.

–Parece lógico pensar que en estos momentos otras escuadrillas se estarán acercando a la frontera –le oí decir–. Nueva York, por supuesto, y Washington. Probablemente Detroit y Chicago también. No hay forma de saberlo.

El jefe del departamento cortó bruscamente la conexión, sin hacer comentario alguno. Yo sabía que las flotas aéreas de los Estados Unidos, en estado de alerta desde hacía semanas, recibirían órdenes en cuestión de segundos y que se pondrían en camino para detectar y derribar a los atacantes, si era posible antes de que pudieran llegar a las ciudades.

Miré nuevamente hacia el campo de aterrizaje. Las formaciones se habían roto. Uno de los bombarderos de la Unión Soviética se había estrellado un kilómetro más allá del centro de recepción. Mientras observaba, uno de nuestros pequeños bombarderos se lanzó en picado sobre una gigantesca aeronave de la Unión Soviética y descargó sus huevos sobre ella. Fue un tiro perfecto, pero el piloto norteamericano había calculado demasiado justo su picado, no pudo salir de él y se estrelló antes que su víctima.

Sería inútil contar de nuevo todo lo que los periódicos dijeron sobre la guerra de los Cuatro Días. Lo principal es que debimos perderla, y la habríamos perdido, si no fuese por una increíble combinación de suerte, previsión y buena organización. Aparentemente, los físicos nucleares de la Unión Soviética se hallaban casi tan avanzados como los científicos de Ridpath cuando la destrucción de Berlín les dio la pista final que necesitaban. Pero les habíamos obligado a darse prisa, haciéndoles actuar antes de que estuvieran preparados, por culpa del plazo para el desarme preparado en nuestra Proclamación de Paz.

Si el presidente hubiera esperado a vérselas con el Congreso antes de lanzar la Proclamación, los Estados Unidos ya no existirían.

A Manning nunca se le reconoció tal mérito pero yo tengo la convicción de que había previsto la posibilidad de algo parecido a la guerra de los Cuatro Días y se había preparado para ello utilizando una serie de recursos disimulados. No me refiero a preparativos militares; la marina y el ejército se encargaron

de eso. Pero no fue ningún accidente que el Congreso suspendiera sus sesiones en ese momento. Yo tuve algo que ver con todo el intercambio de compromisos y votos necesario para ello, y lo sé.

Pero ahora puedo decírselo claramente a ustedes: ¿si hubiera tenido ambiciones de dictador. acaso habría maniobrado para sacar al Congreso fuera de Washington durante unos momentos en los cuales temía que se produjera un ataque?

Por supuesto. fue el presidente quien se encargó de apoyar los permisos de diez días que se le concedieron a la mayoría de los funcionarios civiles de Washington. y fue él quien debió tomar la decisión personal de realizar un viaje por el sur durante esa época. pero Manning debió encargarse de meterle tal idea en la cabeza. Resulta inconcebible pensar que el presidente dejara Washington para salvaguardar su persona.

Y luego estuvo también el miedo a la plaga. No sé cuándo o cómo Manning planeó eso –desde luego, es algo que no pasó por mi cuaderno de notas–, pero. sencillamente, no creo que fuera accidental el que unos rumores completamente infundados sobre la peste bubónica hicieran que Nueva York se encontrara medio vacía cuando atacaron los bombarderos de la Unión Soviética.

Aun así, sólo en Manhattan perdimos casi ochocientas mil personas.

Por supuesto, se hizo culpable al gobierno de tal pérdida de vidas, los periódicos criticaron implacablemente el que se hubiera fracasado a la hora de prevenir lo ocurrido, obligando a una evacuación de todas las grandes ciudades.

Si Manning preveía problemas. ¿por qué no pidió la evacuación?

Bien, tal y como yo lo veo, fue por esta razón: Una gran ciudad jamás ha sido ni será evacuada en respuesta a unos argumentos racionales. Londres jamás fue evacuada a gran escala y nuestros intentos de obligar a que se evacuara Berlín fueron un completo fracaso. Los habitantes de Nueva York habían estado pensando en el peligro de incursiones aéreas desde 1940 y para aquel entonces ya llevaban mucho tiempo habituados a tal temor.

Pero el miedo a una plaga que no existía hizo que se produjera lo más cercano a la evacuación total de una gran ciudad que jamás se haya visto.

Y no se olviden de lo que hicimos nosotros con Vladivostok, Irkutsk y Moscú...; también esas personas eran inocentes. La guerra no es muy bonita.

Dije que la suerte había jugado un papel en todo ello. Fue un error de navegación el causante de que uno de nuestros aeroplanos sembrara su polvo sobre Riazán en vez de sobre Moscú, pero ese error borró del mapa el laboratorio y la fábrica que producían todos los suministros militares de sustancias radiactivas que poseía la Unión Soviética. Supongamos que el error lo hubiera cometido el otro bando. supongamos que una de las naves de la Unión Soviética que atacaba Washington. por error, hubiera incluido en su ataque las instalaciones de Ridpath. situadas a unos ochenta kilómetros de distancia, en Maryland...

El Congreso reanudó sus sesiones en San Luis, elegida como capital provisional, y la expedición pacificadora norteamericana empezó el trabajo de arrancarle los colmillos a la Unión Soviética. No se trataba de una ocupación militar en el sentido habitual de la palabra. Había dos objetivos bastante

sencillos: localizar todos los aeroplanos, fábricas donde se producían y campos de aterrizaje, rociándolos con polvo; y hacer lo mismo con los laboratorios de investigación radiactiva, suministros de uranio y yacimientos de carnotita y pechblenda. No se hizo intento alguno de interferir con las funciones del gobierno civil o de sustituirlo.

Usamos un polvo de dos años, lo cual nos daba un respiro para consolidar nuestra posición. Se ofrecieron generosas recompensas a los informadores, una técnica que funcionó notablemente bien, no sólo en la Unión Soviética sino en casi todas las partes del mundo.

La «comadreja», un instrumento que husmeaba la radiación, basado en el principio de la descarga electroscópica y refinado por el personal de Ridpath, facilitó grandemente el trabajo de localizar el uranio y los minerales que lo contenían. Un conjunto de comadrejas, colocado en los lugares adecuados sobre un área sospechosa, podía localizar cualquier masa importante de uranio con casi tanta facilidad como un goniómetro puede localizar una emisora de radio.

Pero, sin menoscabar el excelente trabajo del general Bulfinch y la expedición pacificadora en su conjunto, fue el error original de haber sembrado con polvo Riazán, lo que hizo posible llevar a cabo la tarea.

Cualquiera interesado en los detalles del trabajo de pacificación hecho en *1945–46* debería consultar los «Protocolos de la fundación norteamericana para la investigación social» y en concreto. un trabajo titulado *Un estudio sobre la ejecución de la política de paz norteamericana,* publicado en febrero de 1945. La solución *de facto* al problema de cómo imponerle al mundo una política global contra la guerra, dejó a los Estados Unidos con el todavía mucho mayor problema de perfeccionar una política capaz de asegurar que el poder letal del polvo no cayera nunca en manos inadecuadas.

El problema es tan fácil de formular como el de la cuadratura del círculo, y casi tan imposible de resolver. Tanto Manning como el presidente creían que los Estados Unidos no tenían más remedio que conservar ese poder durante un tiempo, hasta que pudiera crearse algún tipo de institución permanente capaz de encargarse de él y mantenerlo. El peligro era éste: la política extranjera es algo que comparten el presidente y el Congreso. En ese momento tuvimos la fortuna de contar con un buen presidente y un Congreso bastante adecuado, pero eso no era ninguna garantía para el futuro. Habíamos tenido presidentes que no servían para el cargo y congresos hambrientos de poder... ¡oh, sí! Lean la historia de la guerra con México.

Estábamos a punto de concederle a los gobiernos futuros de los Estados Unidos el poder de convertir todo el globo en un imperio..., nuestro imperio. Y el presidente opinaba, hablando claramente, que nuestra tan característica y amada cultura democrática no estaría a la altura de la tentación. El imperialismo degrada tanto al opresor como al oprimido.

El presidente estaba decidido a que nuestro repentino poder fuera utilizado para mantener la paz en el mundo. siendo ése su mínimo absoluto: el propósito, sencillamente, era declarar ilegal la guerra, y nada más. No debía ser utilizado para proteger las inversiones norteamericanas en el extranjero, para obligar a

que se firmaran acuerdos comerciales o para cualquier otro propósito que no fuera abolir el exterminio masivo.

La ciencia de la sociología no existe. Puede que algún día un físico logre entregarnos una ciencia rigurosa de la química coloidal y eso lleve a un conocimiento completo de la biología y. partiendo de ahí, a una ciencia definitiva de la psicología. Después de eso quizá podamos empezar a saber algo sobre la sociología y la política. Puede que ocurra en el año 5000 d. C...., si la raza humana no se suicida antes.

Hasta entonces, será sólo el sentido común, el conocimiento que se adquiera observando las probabilidades y la intuición. Manning y el presidente tuvieron que tocar de oído.

Los tratados con Alemania, Gran Bretaña y la Unión Soviética, donde asumíamos la responsabilidad de la paz mundial y, al mismo tiempo, dábamos garantías a las naciones signatarias contra nuestro propio mal uso del poder, fueron aprobados rápidamente utilizando el período de alivio y buena voluntad que siguió a la conclusión de la guerra de los Cuatro Días. Seguimos los precedentes establecidos por los tratados del Canal de Panamá, el de Suez y la política de independencia en las Filipinas.

Pero el propósito subyacente en ellos era obligar a los futuros gobiernos de los Estados Unidos a una irrevocable política de benevolencia.

El acto de complementar los tratados mediante la creación de una comisión de Seguridad Mundial no tardó en llegar y el coronel Manning se convirtió en el señor comisario Manning. El cargo era vitalicio y la intención era crear un cuerpo que poseyera la integridad, la permanencia y toda la libertad posible ante presiones exteriores que tenía el Tribunal Supremo de los Estados Unidos. Dado que los tratados contemplaban el establecimiento final de una voluntad política común, los comisarios no tenían por qué ser ciudadanos norteamericanos..., y el juramento que prestaban fue preservar la paz del mundo.

¡Hubo ciertos problemas para conseguir que el Congreso aprobara esa cláusula! Todos los juramentos de naturaleza similar se habían hecho por la Constitución de los Estados Unidos.

Sin embargo, se formó la Comisión. Se encargó de todos los aeroplanos del mundo, asumió la jurisdicción sobre las sustancias radiactivas, tanto naturales como artificiales, y empezó la prolongada y lenta labor de construir la Patrulla de la Paz.

Manning había tenido la visión de un cuerpo de policía mundial, una aristocracia que mediante la selección y el adoctrinamiento, pudiera llegar a verse confiada con el poder ilimitado sobre la vida de todo hombre, mujer y niño que había en la faz del globo terráqueo. Pues, desde luego, el poder sería ilimitado: las precauciones necesarias para asegurarse de que ese arma invencible no quedaba una vez más suelta por el mundo eran tales que resultaba un axioma el que sus custodios poseyeran una potencia que sólo se hallaba segura en las manos de la deidad. No habría nadie para vigilar a estos centinelas que sólo dependerían de sí mismos. Su carácter personal y la vigilancia mutua que ejercerían entre ellos sería cuanto se interpusiera entre la humanidad y el desastre.

Por primera vez en la historia, se iba a ejercer un poder político supremo sin que fuera posible ponerle frenos y contrapesos desde el exterior. Manning abordó la tarea de perfeccionar ese cuerpo con la continua idea subconsciente de que eso era pedirle demasiado a la naturaleza humana.

El resto de la Comisión se fue nombrando lentamente y los nombres fueron enviados al Senado tras largas consideraciones conjuntas por el presidente y Manning. El director de la Cruz Roja. un desconocido profesor de historia suizo, el doctor Igor Rimski, quien desarrolló en forma independiente la técnica Karst–Obre. y a quien la EPN encontró en una prisión tras haber sido sembrado Moscú... fueron los tres únicos extranjeros. El resto de la lista es bien conocido.

Ridpath y sus hombres fueron, necesariamente, los primeros técnicos de la Comisión; pilotos de la Marina y el Ejército de los Estados Unidos sus primeros patrulleros. No todos los pilotos disponibles eran requeridos: primero se examinaron sus historiales. así como sus costumbres y relaciones personales, y sus procesos mentales y actitudes emocionales fueron investigados mediante los mejores métodos psicológicos disponibles..., los cuales no eran lo bastante buenos. Su aceptación final para la Patrulla dependía de dos entrevistas personales, una con Manning y otra con el presidente.

Manning me dijo que dependía más de la intuición que el presidente tenía para los caracteres que de todos los tests de asociación y reacción que los psicólogos podían llegar a concebir.

–Es como la nariz de un sabueso –dijo–. En sus cuarenta años de práctica política ha visto a más mentirosos de los que usted y yo veremos nunca, y cada uno de ellos estaba intentando venderle algo. Es capaz de distinguirlos incluso a oscuras.

El plan a largo plazo incluía las escuelas para la instrucción de los cadetes de la Patrulla, escuelas que deberían estar abiertas a los jóvenes de cualquier raza, color o nacionalidad, y de las cuales saldrían para proteger la paz de todos los países salvo el suyo propio. Durante su servicio un patrullero jamás volvería a su país de origen. Iban a ser un grupo de jenízaros deliberadamente expatriados, cuya obligación iría sólo a la raza y la Comisión, y se les inculcaría cuidadosamente el espíritu de su cuerpo.

Había una oportunidad de que funcionara. Si a Manning se le hubiera dado veinte años sin interrupciones, el plan original habría podido funcionar.

El compañero del presidente para la reelección fue el resultado de un compromiso político. El candidato a vicepresidente era un aislacionista declarado que se opuso desde el principio a la comisión, pero se trataba de aceptarle o de enfrentarse a una escisión en el partido dentro de un año, cuando la oposición fuera fuerte. El Presidente logró ser reelegido por los pelos con un congreso muy debilitado: sólo su poder de veto logró impedir en dos ocasiones que se rechazara el Acta de Paz. El vicepresidente no hizo nada para ayudarle. aunque no encabezó públicamente la insurrección. Manning revisó sus planes para completar el programa esencial a finales de 1952, no habiendo forma alguna de predecir cuál sería el temperamento de la próxima administración.

Los dos teníamos demasiado trabajo y yo estaba empezando a darme cuenta de que mi salud se había debilitado. No hizo falta buscar mucho para encontrar la causa: si se colocaba sobre mi piel una película fotográfica se velaba en veinte minutos. Estaba sufriendo un envenenamiento radiactivo por acumulación, aunque no en alto grado. No había ningún cáncer bien definido que pudiera ser operado, sino un deterioro sistemático de las funciones y los tejidos orgánicos. Siempre he pensado que la causa principal era la semana que pasé encima de esos recipientes antes de la incursión contra Berlín.

Diecisiete de febrero de 1951. Me perdí el noticiario televisivo sobre el accidente de aviación en el cual murió el presidente, porque estaba acostado en mi apartamento. Para aquel entonces Manning me había obligado a descansar un poco cada tarde después de la comida, aunque seguía estando de servicio. Las primeras noticias que tuve de ello me las dio mi secretaria cuando volví a la oficina, y entré sin perder un segundo en el despacho de Manning.

Durante toda esa reunión tuve una curiosa impresión de irrealidad. Me parecía como si hubiéramos vuelto al día en que yo regresé de Inglaterra, el día en que murió Estelle Karst. Manning alzó los ojos hacia mí.

–Hola, John –dijo.

Le puse la mano en el hombro.

–No se lo tome tan a pecho, jefe –fue lo único que se me ocurrió decir.

Cuarenta y ocho horas después llegó el mensaje del nuevo presidente, recién jurado su cargo. diciéndole a Manning que se presentara para informarle. Yo me encargué de llevarle el documento oficial que había descifrado. Manning lo leyó, con rostro impasible.

–¿Irá. jefe? –le pregunté.

–¿Eh? Claro que sí.

Volví a mi despacho y cogí el abrigo, guantes y un maletín.

Cuando volví a entrar Manning me miró.

–No hacía falta, John –dijo–. Tú no vendrás. –Supongo que la expresión de mi rostro denotaba que iba a discutir sus palabras, porque añadió–: No vendrás porque hay trabajo que hacer aquí. Espera un momento.

Fue a su caja fuerte, hizo girar la rueda de la combinación, abrió la puerta y sacó del interior un sobre lacrado que dejó caer sobre la mesa que nos separaba.

–Aquí están las órdenes. En marcha.

Salió de la oficina mientras yo abría el sobre. Leí las instrucciones y me puse en movimiento. No había demasiado tiempo.

El nuevo presidente recibió a Manning de pie y acompañado por varios guardaespaldas y miembros de su círculo más intimo. Manning reconoció al senador que había encabezado el movimiento dirigido a usar la Patrulla para recobrar las propiedades expropiadas en Sudamérica y Rodhesia, así como al presidente del comité aeronáutico, con el cual había mantenido varias discusiones nada satisfactorias en un intento de hallar un *modus operandi* para reinstaurar las líneas aéreas comerciales.

–Ya veo que no ha perdido el tiempo en venir –dijo el presidente–. Bien.

Manning le hizo una pequeña inclinación de cabeza.

–Creo que lo mejor será ir directamente al grano –siguió diciendo el jefe del ejecutivo–. Habrá ciertos cambios de política en la administración. Quiero que dimita.

–Lamento tener que negarme, señor.

–Ya lo veremos. Mientras tanto, coronel Manning, queda usted relevado de sus deberes.

–Señor comisario Manning, si es usted tan amable.

El nuevo presidente se encogió de hombros.

–Una cosa o la otra, como quiera. Sea como sea, queda usted relevado.

–Lamento verme obligado nuevamente a disentir. Mi cargo es vitalicio.

–Basta ya –le respondió el presidente–. Nos encontramos en los Estados Unidos. No puede haber ninguna autoridad más alta que la mía. Queda usted arrestado

Puedo ver claramente a Manning mirándole sin pestañear durante largo rato y luego respondiéndole, hablando lentamente:

–Debo admitir que puede usted hacer que me arresten físicamente, pero le aconsejo que espere un poco para ello. –Fue hacia la ventana–. Mire al cielo.

Seis bombarderos de la Comisión patrullaban por encima del Capitolio.

–Ninguno de esos pilotos ha nacido en los Estados Unidos –añadió Manning con la misma lentitud de antes–. Si me encierra, ninguno de los presentes en esta habitación vivirá al acabar el día.

Después de eso hubo algunos incidentes, como el desgraciado asunto que tuvo lugar en Fort Benning tres días después y el alzamiento en la sección de la Patrulla con base en Lisboa y su serie de licenciamientos posteriores, pero, a efectos prácticos, eso fue todo lo que ocurrió en el *coup d'état*.

Manning era el indiscutido dictador militar de todo el mundo.

Si un hombre tan universalmente odiado como Manning fue capaz de llegar aperfeccionar la Patrulla que había imaginado, haciéndola digna de confianza y capaz de perdurar por si sola, es algo que no sé y –debido a esa semana de espera en el hangar subterráneo de Inglaterra–, no estaré aquí para ver la respuesta a eso. El corazón enfermo de Manning hace que el desenlace resulte todavía más incierto –puede que dure veinte años más; puede que caiga muerto mañana–, y no hay nadie para ocupar su sitio. He redactado esto en parte para ocupar el poco tiempo que me queda y en parte para demostrar que en toda historia siempre hay otro lado oculto, incluso en la historia de cómo se domina el mundo.

No es que fuera a gustarme el desenlace, sea el que sea. Si hay algo de cierto en todo eso de la otra vida, pienso buscar al hombre que inventó el arco y la flecha y le haré pedazos con mis propias manos. En cuanto a mí, no puedo ser feliz en un mundo donde algún hombre o grupo de ellos posea el poder para terminar conmigo o con usted, con nuestros vecinos y con todos los seres humanos, animales y criaturas vivientes. No me gusta que nadie tenga ese tipo de poder.

Y a Manning tampoco le gusta.

---

1. Lord Ja–Ja («Lord Haw–Haw») fue un famoso renegado inglés que durante toda la segunda guerra mundial se dedicó a la propaganda radiofónica en favor del Reich desde Berlín. El apodo venía de su característica risa. *(N. del*